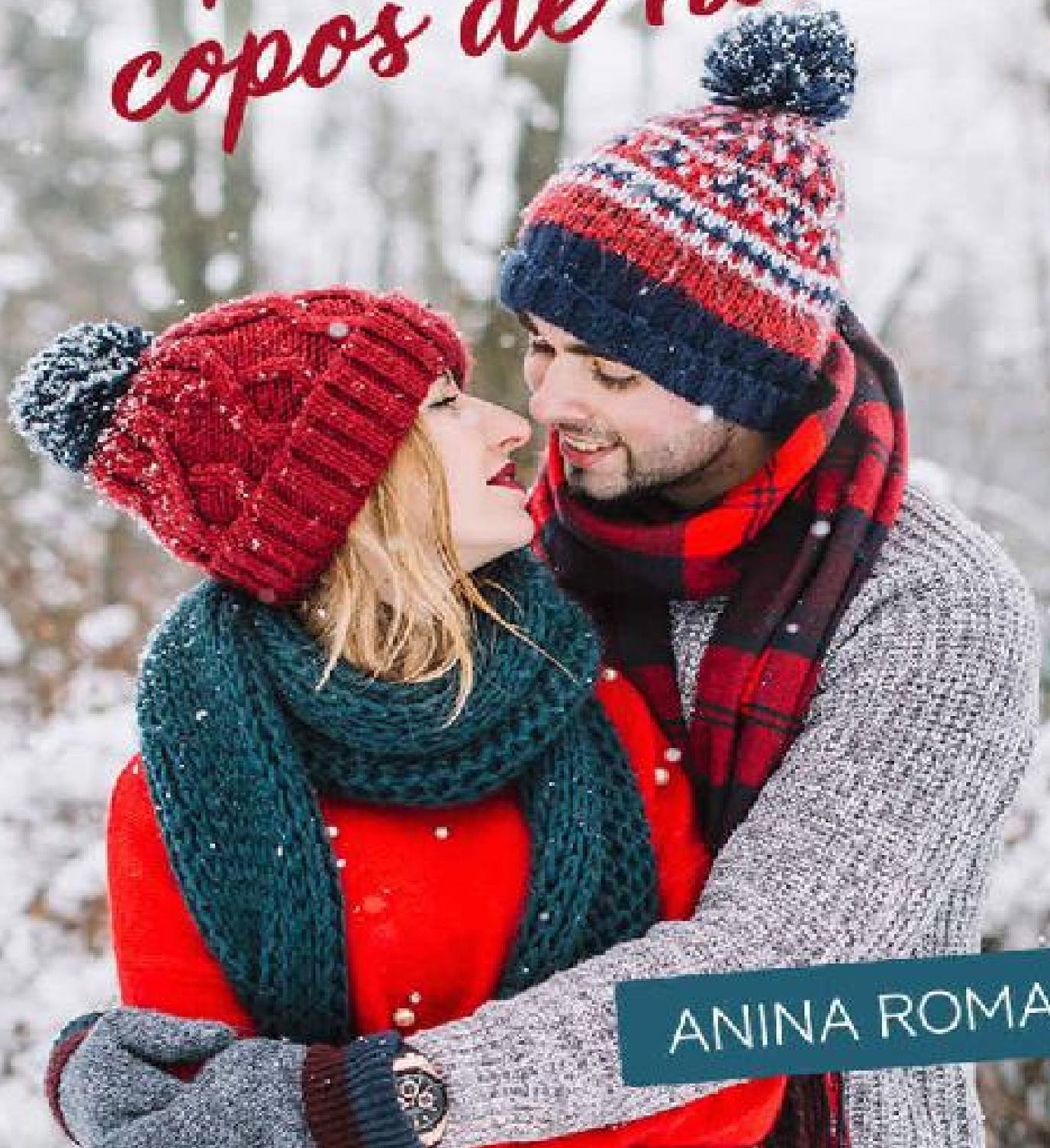


*La chica que
perseguía
copos de nieve*



ANINA ROMA

Sinopsis

Una novela romántica corta sobre segundas oportunidades en el amor que leerás en menos de dos horas.

Todos tenemos sueños, Sophie Winter dejó su hogar y se marchó a Nueva York para cumplir los suyos. Diez años después, obligada por un despido en el trabajo, debe volver a sus orígenes.

Para su sorpresa, lo más difícil de su regreso es reencontrarse con su gran olvidado amor de juventud. Solo ver sus ojos color miel, antiguos sentimientos vuelven a aflorar en su interior.

Con la nieve de telón de fondo, Sophie aprenderá que los sueños pueden cambiar, y que a veces se cumplen en los lugares más inesperados.

—¿Cómo sabes que sigue vivo?

—Pues no lo sé, no estoy segura, pero presiento que lo está; verás... antes de que el viniera, aquí no nevaba nunca; en cambio después, sí nevó; si no siguiera vivo, ahora no estaría nevando. A veces, aún

bailo bajo la nieve...

TIM BURTON, Eduardo Manostijeras

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

[Mi libro anterior](#)

Prólogo

10 años antes...

—Aún no te has ido y ya te estoy echando de menos.

Gilbert se maldijo por no haberse inscrito él también en la Universidad de Columbia. Sabía que quedarse en Vermont había sido una buena decisión, pero odiaba la idea de tener a su preciosa novia a cientos de kilómetros de distancia.

—Vendré por Acción de Gracias —le recordó Sophie, con una sonrisa que intentaba ser tranquilizadora.

—Pero faltan meses para eso.

Estaban apoyados en el capó del coche de Sophie, lleno hasta los topes con todas sus cosas, y Gilbert la abrazó con fuerza. Ella hundió su rostro en el hueco de su cuello buscando su calor. Se quedaron así unos segundos, entrelazados en un abrazo prieto.

—Prométeme que me llamarás todos los días —susurró él en su oído.

—Te prometo que te llamaré todos los días.

—Y prométeme que no me dejarás por un neoyorquino rico y atractivo.

Sophie se rio contra su pecho y se apartó un poco para mirarle a los ojos. Para eso, tuvo que levantar el rostro, porque Gilbert era bastante más alto que

ella.

—Te lo prometo. Nunca cambiaría a un futuro profesor de literatura interesante y encantador por un neoyorkino rico y atractivo.

—Vale. Ahora me quedo más tranquilo.

Sophie sonrió, deshizo el abrazo y consultó su reloj de pulsera. Era hora de irse si no quería llegar a la residencia demasiado tarde. Sophie no quería despedirse de Gilbert, pero a la vez, la idea de empezar una nueva etapa vital en una ciudad grande como Nueva York, tan distinta a su pequeño pueblo natal, le ilusionaba.

—Ojalá pudiera acompañarte —dijo Gilbert enfurruñado.

—Tú también empiezas las clases mañana. Tienes que llevar las cosas a tu residencia y aclimatarte al campus.

—Lo sé, lo sé.

Gilbert forzó una sonrisa y decidió grabar a fuego la imagen de Sophie en aquel momento. Estaba preciosa, con su pelo peinado en una trenza ladeada y sus ojos azules brillando de una forma especial.

—No pongas esa cara, tontito. Volveré.

Sophie se puso de puntillas, rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo hacia ella para besarle. Sus labios encajaron de una forma perfecta, como siempre, como si fueran dos piezas de un mismo rompecabezas.

—Anda, sube al coche y lárgate antes de que te secuestre y te lleve

conmigo.

Sophie se rio, le volvió a dar un beso rápido en los labios y subió al coche. Bajó la ventanilla para asomar su cabeza por ella, le gritó un «te quiero» y le dijo adiós con la mano antes de poner la llave en el contacto y arrancar el coche.

Lo que entonces Sophie no sabía era que el camino de regreso a casa iba a ser mucho más largo de lo que ella pensaba...

Capítulo 1

Los primeros copos de nieve de la tarde chocaron contra el parabrisas del coche y Sophie soltó un largo suspiro. Las máquinas quitanieves habían hecho un buen trabajo despejando la carretera, aunque, a lado y lado, el paisaje estaba cubierto de un manto blanco y esponjoso.

A Sophie siempre le había gustado la nieve. Se sentía en sintonía con ella, pero en aquella ocasión solo sintió tedio. Al fin y al cabo, después de horas y horas conduciendo, solo quería llegar a casa.

Aun no se creía que estuviera de camino a Snow Bridge, ese pueblecito de Vermont del que se marchó al empezar la Universidad y al que hacía tantos años que no regresaba.

No es que renegara de él, ni mucho menos, lo adoraba, pero había estado tan absorbida por su trabajo en una de las mejores agencias de publicidad de Nueva York, que apenas había tenido tiempo para nada más.

Los últimos cinco años de su vida los había pasado trabajando más de catorce horas diarias y durmiendo una media de cuatro. Si había sobrevivido a aquel ritmo de vida era por las seis tazas de café que solía tomarse al día, y por las bebidas energéticas y las pastillas que alguien le recomendó para mantenerse despierta. No era extraño que aquel modo de vida hubiera acabado pasándole factura como ocurrió en la presentación de aquel proyecto

para un cliente importante.

Sacudió la cabeza ahuyentando de su mente los acontecimientos horrorosos de aquel fatídico día y se concentró en las curvas de la carretera cuando empezó a nevar con más intensidad.

Sonrió al reconocer el cartel de bienvenida a Snow Bridge. De lejos, vio aquel puente de piedra que daba nombre al pueblo y que era la puerta de entrada al municipio. Al atravesarlo y pasar por delante las primeras casas, un sentimiento de nostalgia se le agarró en la boca del estómago. Siguiendo un impulso, decidió hacer un pequeño tour por las calles del pueblo antes de ir a casa.

El sentimiento de nostalgia se acentuó al llegar a la plaza central, el centro neurálgico de los eventos que solían tener lugar en el pueblo y cuyo precioso cenador seguía siendo uno de sus mayores atractivos. Delante estaba ubicada la cafetería de Joe, donde hacían las mejores tortitas y el mejor café, al lado, el supermercado de la señora Grace y, cruzada la calle, el edificio donde se realizaban todas las actividades culturales como las jornadas de cine, teatro, baile o las reuniones semanales del pueblo.

En aquel instante, fue más consciente que nunca de lo mucho que había echado de menos aquel pueblo lleno de personajes pintorescos y calles de ensueño.

Tras un par de vueltas, siguió conduciendo hasta llegar a la casa de

madera blanca que le había visto crecer.

Aparcó bajo un gran árbol, al lado de un todoterreno negro. Al bajar del coche, sus botas de piel se hundieron en la nieve. En aquel momento, Evan, su hermano mayor, salió de la casa y corrió hacia ella. La estrechó entre sus brazos y dieron un par de vueltas antes de soltarla en el suelo y darle un beso en la coronilla.

—Ya era de que te dejaras ver por aquí, forastera —dijo revolviéndole el pelo como si aún fuera una niña pequeña.

—Lo sé, lo sé, ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado. Te hemos echado mucho de menos.

Entraron en la casa y se encontraron a su madre en la cocina, preparando la cena. Sophie se sorprendió al encontrarla mucho más delgada que de costumbre. Le preguntó por ello, pero se ella se las apañó para cambiar de tema.

Sophie era la viva imagen de su madre. Ambas eran de complexión delgada, tenían el mismo cabello rubio, la misma tez clara y el mismo rostro en forma de corazón. Evan, en cambio, se parecía más a su padre, muerto ya hacía muchos años, con el cabello castaño oscuro, la tez morena, el rostro anguloso, los hombros anchos y el cuerpo atlético sin necesidad de cuidarse demasiado.

Aquella noche cenaron sin prisas, envueltos en una conversación amena.

A pesar del tiempo y la distancia, Sophie tuvo la sensación de que no había pasado el tiempo desde la última vez que se vieron, y eso que hacía años. Por unos instantes, fue como si volviera a ser la muchacha despreocupada que vivía felizmente allí antes de marcharse a Nueva York.

A pesar de no haber podido regresar a casa durante tanto tiempo, Sophie adoraba a su madre y a su hermano. Su madre, Amber, les había tenido de muy joven. Tuvo a Evan a los diecinueve y se quedó embarazada de Sophie año y medio después. Estando embarazada de ella, perdió a su marido en un accidente de coche. Después del nacimiento de Sophie, Amber luchó para sacar adelante a sus dos hijos con gran esfuerzo y tesón. Consiguió un crédito para abrir una pastelería y desde entonces se había convertido en la pastelera de referencia en el pueblo.

Al terminar de cenar, su madre se disculpó para irse a la cama, y Evan y ella salieron fuera con una taza de chocolate caliente. Se sentaron en el primer escalón del porche, como cuando eran pequeños, y observaron caer la nieve sobre el suelo.

—¿Cómo te va en La Gaceta? —preguntó Sophie.

Evan había estudiado periodismo y había regresado a Snow Bridge nada más terminar la carrera para coger el relevo al señor Potter, quién quería jubilarse de La Gaceta de Snow Bridge, el periódico local.

—Bien, como siempre. No es que haya mucha acción en un pueblo tan

pequeño, ya sabes, pero me encanta.

—Me alegro.

Durante unos segundos contemplaron la nieve en silencio.

Evan fue el primero en hablar.

—¿Por qué has vuelto?

Así era su hermano: directo y franco, sin dobleces. Ella era más calmada y reflexiva, solo actuaba de forma impulsiva bajo presión.

—¿Tiene que haber un motivo?

—Hace cuatro años que no pasas por aquí, Sophie. Hay temporadas en las que te has pasado semanas sin dar señales de vida. Y ayer nos llamas y nos dices que regresas a casa sin fecha de vuelta a Nueva York. Déjame decirte que es muy sospechoso.

Sophie dio un largo trago al líquido caliente de la taza y lanzó una mirada teñida de tristeza a su hermano.

—Me han echado del trabajo.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó apretándole el brazo en un gesto reconfortante.

—Es... largo de contar. ¿Te importa si lo dejamos para otro día?

Evan afirmó con la cabeza y Sophie se terminó su chocolate.

Miró la nieve una última vez antes de levantarse, despedirse de su hermano y subir las escaleras hasta la primera planta donde aguardaba su

habitación de la infancia.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Sophie se despertó temprano para dar una vuelta por el pueblo.

Caminó por las calles de Snow Bridge dejando que los recuerdos inundaran su mente. Sophie había tenido una infancia muy feliz en aquel pueblo. De hecho, de pequeña, estaba convencida de que tras licenciarse acabaría regresando allí. No lo hizo. Una vez terminados los estudios, dejó que los encantos de Nueva York y la posibilidad de un futuro prometedor en su campo le hicieran olvidar por completo todos los planes hechos antes de marcharse.

Llegó a la plaza central, subió las escaleras del cenador y se dedicó a observar el pueblo desde allí arriba. Sonrió cuando Bonnie, la encargada de la única tintorería del pueblo, se acercó para saludarla y decirle lo mucho que se alegraba de volver a verla. También saludó a Flora y Greg, una pareja de ancianos que llevaban más de dos décadas haciendo todos los días un paseo su paseo matutino por el pueblo antes de entrar en la cafetería de Joe.

Sophie había olvidado lo agradable que era ir por la calle y que la gente te conociera, algo imposible en un barrio tan concurrido como Manhattan, donde eres un completo desconocido incluso para aquellos que viven en tu mismo bloque de pisos.

Y mientras seguía observando a sus pintorescos conciudadanos, lo vio. Gilbert Davis salía del supermercado de la señora Grace con una sonrisa en los labios y una bolsa de papel bajo el brazo.

Gilbert, su primer amor y el chico con el que estuvo saliendo durante años.

Gilbert, que acabó dejándola cuando ella le explicó sus planes de quedarse en Nueva York al acabar la carrera.

Gilbert, el chico que regresaba a menudo a su cabeza y al que nunca se había sacado del todo de su corazón.

Sophie sintió un tirón en el pecho y mucho miedo, pero no podía dejar de mirarle. Estaba guapísimo. Si ya había sido un adolescente atractivo, los años le habían convertido en un hombre impresionante. Alto, fornido, de espaldas anchas, pelo moreno alborotado, ojos color miel y barba arreglada perfilando su rostro marcado. Llevaba un abrigo tweed de color gris hasta las rodillas y una bandolera de cuero colgada del hombro.

Sophie sabía que tenía que irse si no quería ser vista, pero era incapaz de moverse y dejar de mirarlo. Estaba hipnotizada por su presencia. Y mientras tragaba saliva recreándose en esos movimientos gráciles y varoniles que siempre le habían cautivado en él, Gilbert levantó la cabeza y miró hacia su dirección.

Cuando sus ojos se encontraron, Sophie sintió que el mundo se

desvanecía y el tiempo se paraba. Gilbert detuvo el paso en seco, y su rostro pasó del desconcierto al enfado en cuestión de segundos. Lo vio apretar la mandíbula, fruncir el ceño y reprender el paso con un ritmo mucho más rápido y violento.

Sophie se quedó en el cenador sin saber muy bien que hacer. Los recuerdos de Gilbert y ella pasaron por su mente como si fuera el tráiler de una comedia romántica, a excepción de que, en su caso, no había habido un final feliz.



Gilbert y Sophie se conocieron en el primer día de colegio, cuando la profesora les sentó juntos en clase. Conectaron de una forma especial desde el principio, y fueron amigos hasta que, al empezar la secundaria, ambos se vieron abrumados por unos sentimientos nuevos y electrizantes que lo cambiarían todo.

Sophie siempre recordaría las primeras miradas desconcertadas cuando aún no sabía poner nombre a lo que le sucedía, los primeros roces casuales que le producían mariposas en el estómago, y ese primer beso, torpe e inexperto, que se dieron en la última fila del cine local. Tampoco podría olvidar las llamadas a escondidas durante la noche, ni los mensajes de buenos

días por la mañana, aunque estuvieran a punto de volver a verse en clase.

Todo el mundo pensaba que aquel sería un romance juvenil, de aquellos que empiezan con intensidad pero que van perdiendo fuelle con el paso del tiempo. Sin embargo, en su caso, ocurrió justo lo contrario. El tiempo no hizo más que avivar la llama de la pasión.

Su primera vez fue en la habitación de Gilbert aprovechando que sus padres se marchaban a pasar el fin de semana en New Hampshire. Gilbert llenó su habitación de velas y pétalos de rosa, convirtiendo la experiencia en un momento inolvidable, a pesar de los nervios y las inseguridades.

Lo suyo fue tornándose tan serio que todos daban por hecho que se casarían al terminar el instituto para ir juntos a la universidad. Sin embargo, Gilbert, que adoraba a su pueblo y a su familia por encima de todas las cosas, decidió estudiar en la Universidad de Vermont, en Burlington. Sophie, en cambio, siempre había sentido fascinación por Nueva York, el pueblo empezaba a quedársele pequeño y quería vivir esa experiencia antes de asentarse ahí, así que se matriculó en la Universidad de Columbia y cumplió aquel anhelo. Ambos habían planificado mantener la relación a distancia durante aquellos años y, al terminar los estudios, regresar a Snow Bridge para casarse.

Pero Sophie no cumplió su palabra...



Cuando Sophie decidió regresar a Snow Bridge, ni siquiera pensó en lo mucho que le afectaría volver a ver a Gilbert. Había estado tan ocupada con su trabajo que había desterrado de su vida todo lo demás. No había tenido mucho tiempo para pensar en él, esa era la verdad. De hecho, no había tenido tiempo para pensar en nada más que no fuera en ser la mejor en lo suyo y ascender dentro de la agencia de publicidad.

Sophie cogió aire, lo dejó ir despacio y clavó su mirada en del cartel de la cafetería de Joe. Bajó la mirada y vio a Joe a través de los cristales. Decidió que tomar uno de sus reparadores cafés le ayudarían a sentirse bien de nuevo. Así que cruzó la plaza y entró en el local.

La cafetería de Joe no había cambiado en absoluto, seguía luciendo de la misma manera que recordaba, con los muebles del mismo color turquesa y ese olor característico de café recién hecho.

Se sentó en la barra y esperó hasta que Joe regresara de la trastienda, donde acababa de meterse. Cuando salió, con un trapo sobre el hombro, no pudo evitar sonreír. Joe seguía siendo Joe, ese hombre de rostro gruñón que siempre llevaba vaqueros y botas de montaña, aunque con canas y más arrugas en el rostro. Al verla, una sonrisa se dibujó en sus labios, y volteó la barra para abrazarla.

—Estás... muy mayor—le dijo cuando se separaron.

Sophie no pudo evitar reprimir una sonrisa con aquel comentario. Al fin y al cabo, Joe nunca había sido muy dado en los halagos ni a las conversaciones de cortesía. Era un hombre rudo y parco en palabras, aunque a ella le gustaba esa manera de ser, al fin y al cabo, le conocía desde pequeña y sabía que en el fondo Joe tenía un corazón de oro.

—No tenía ni idea de que venías a visitarnos —añadió.

—Vaya, pensé que mamá te lo habría dicho.

El rostro de Joe se ensombreció.

—Bueno... tu madre y yo últimamente no hablamos mucho —dijo esquivo.

—¿Habéis vuelto a discutir? —preguntó Sophie, pues las discusiones entre su madre y Joe eran habituales, no porque se llevaran mal, al contrario, eran grandes amigos, pero estaban acostumbrados a relacionarse de esa manera.

—No, no se trata de eso, es solo que... es complicado—Refunfuñó entre dientes, como si acabara de recordar algo que le molestara y le sirvió una taza de café antes de cambiar de tema—: Hablemos de cosas importantes, chica de ciudad. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

Se encogió de hombros.

—Un cambio de aires.

—Pero ¿te van bien las cosas? —preguntó, colocando un platito con un donut frente a ella. Joe conocía su pasión por esos dulces.

Sophie tardó un poco en responder.

—Supongo que podrían ir mejor.

Durante la siguiente media hora siguieron hablando un poco de todo. Joe le explicó algunos cotilleos del pueblo y ella fingió estar interesada en ello cuando, en realidad, todos sus pensamientos giraban alrededor de Gilbert y su reencuentro.

Capítulo 3

Gilbert aparcó el coche en el parking reservado a los profesores y entró en el instituto local de Snow Bridge. Aún tenía el rostro desencajado por su reencuentro con Sophie. Ni siquiera era capaz de calcular los años exactos que hacía desde la última vez que la vio. ¿Cuatro? ¿Cinco? Aunque ahora eso daba igual, porque lo único que importaba era la combinación de enfado y desazón que se había instalado en el estómago.

Pasó por la sala de profesores para dejar sus cosas en su casillero y subió las escaleras que llevaban hasta el pasillo de los de tercero.

Se pasó la mañana impartiendo clases. Era profesor de literatura, y le gustaba dar sus clases con pasión y ganas, sin embargo, aquel día se limitó a seguir el libro de texto mientras miraba caer los copos de nieve a través de los grandes ventanales del aula.

Para Gilbert, su ruptura con Sophie fue uno de los momentos más duros de su vida, porque la dejó queriéndola, y no hay nada que duela más que desprenderse de algo a lo que aún deseas aferrarte. Pero cuando Sophie le confesó su decisión de buscar trabajo en la gran manzana rompiendo con ello todos los planes que trazaron juntos, no pudo hacer otra cosa que romper la relación.

Llevaban años con una relación a distancia y estaba harto de verla solo

dos o tres veces al año. Necesitaba que lo suyo volviera a ser real, como lo era cuando ambos eran adolescentes y paseaban cogidos de la mano por las calles de Snow Bridge.

Así que la dejó y pasó unos meses muy duros. Ni siquiera pudo disfrutar como hubiera querido el hecho de que le concedieran una plaza fija en el mismo instituto en el que él había estudiado, porque ese mismo instituto también había sido el de Sophie y guardaba muchos recuerdos de ellos dos juntos.

Volver a verla había sido como apretar un botón que dejaba fluir los recuerdos y era incapaz de encontrar el botón de apagado.

A la hora de la comida, en vez de comer en la cafetería como cada mediodía, Gilbert compró un sándwich en una de las máquinas expendedoras repartidas por el centro y decidió comer a solas en la sala de profesores.

Estaba mordisqueando su sándwich de forma distraída cuando la puerta se abrió y se asomó Candy por ella, una de las últimas incorporaciones en el profesorado.

Candy era joven, dulce, bonita y estaba interesada en él. Eso era algo que Gilbert había notado en su primer encuentro, cuando las mejillas de ella se sonrojaron al sonreírle, y lo había ido constatando a lo largo de aquellos meses, con sus coqueteos constantes.

—Gilbert, no sabía que estarías aquí —dijo ella acercándose a él entre

contoneos.

—Sí, necesitaba un lugar para estar tranquilo y pensar.

—Vaya, ¿te molesto? —preguntó con voz melosa.

Se sentó sobre la mesa que había frente a él, haciendo que con este gesto se le subiera un poco la falda, y se tocó el cuello, llamando la atención hasta la piel tersa y morena de su escote.

Gilbert respondió a su pregunta con un movimiento negativo de cabeza, aunque en verdad deseaba quedarse solo de nuevo para seguir regodeándose en toda la situación.

Candy sonrió alegre y se inclinó un poco hacia él para hablarle desde más cerca.

—¿Puedo preguntarte algo, Gilbert? —inquirió prácticamente en un susurro. Gilbert movió la cabeza, esta vez en un gesto afirmativo, y Candy se humedeció el labio con inocencia antes de hablar—. ¿Son ciertos los rumores que corren por el centro sobre tu ex?

Gilbert se crispó.

—¿Qué rumores?

—Se dice que ha vuelto a Snow Bridge para quedarse una temporada.

—¿Eso se rumorea? No tenía ni idea —dijo con un tono de voz que intentó que sonara indiferente, pero no lo consiguió.

Candy hizo un mohín con sus labios carnosos.

—No quiero ser entrometida, pero no pareces contento con la noticia...

—No me importa lo que haga mi ex. Lo nuestro terminó hace tiempo.

—Ya...

Candy empezó a repiquetear sus uñas pintadas de rosa sobre su regazo y miró a Gilbert a los ojos con intensidad.

Soltó un suspiro, y empezó a hablar de nuevo, enrollando su melena rizada y rubia en uno de sus dedos.

—Gilbert, hace meses que nos conocemos y me he cansado de esperar que me pidas una cita, así que he decidido hacerlo yo, al fin y al cabo, las mujeres de hoy podemos dar el primer paso, ¿no? —Le guiñó un ojo—. ¿Te apetece que quedemos para tomar algo una noche?

Aquella proposición sorprendió a Gilbert, que se quedó mirándola con la boca abierta sin ser muy bien que decir.

Justo cuando abría la boca para responderle con una negativa, la puerta de la sala de profesores volvió a abrirse y entró madame Audrey, una mujer entrada en años, pero con porte distinguido que impartía las clases de francés.

—No hace falta que me respondas ahora, Gilbert. Piénsalo y dame una respuesta cuando la tengas —susurró Candy a Gilbert antes de levantarse de la mesa para acercarse con una sonrisa a madame Audrey que les observaba con una expresión perspicaz en el rostro.

Capítulo 4

Los días siguientes pasaron muy rápido. Noviembre avanzó implacable y el móvil de Sophie no sonó ni una sola vez desde su llegada a Snow Bridge.

Antes de regresar al pueblo, Sophie había mandado unos cuantos currículums a algunas agencias y había esperado que se pusieran en contacto con ella durante los siguientes días, pero no había sido así.

Además, llevaba recluida en casa desde la mañana que se reencontró con Gilbert. Su reencuentro había removido muchos recuerdos enterrados y temía que eso ocurriera cada vez que se encontraran. Pero después de una semana sin salir de casa, Sophie empezaba a sentir que las paredes se le caían encima.

Sophie siempre había sido una persona activa, por lo que quedarse en casa sin hacer nada empezaba a consumirle.

Aquella mañana, cuando bajó a la cocina a desayunar, se encontró a Evan bebiendo café mientras leía el periódico que todos los días un repartidor dejaba sobre el felpudo de la entrada. Evan era adicto a la información y siempre estaba leyendo los medios digitales y las redes sociales para estar al día.

Sophie se sentó a su lado e hizo un mohín.

—¿Ya te vas?

—Sí, Sophie. Tengo trabajo, no puedo quedarme todo el día vegetando

en casa como tú.

—Eso ha sido un golpe bajo. —Sophie le miró con el ceño fruncido.

—Solo digo que si vas a quedarte mucho tiempo más en Snow Bridge, deberías buscar algo que hacer.

Se mordió el labio, indecisa.

—Algo, ¿cómo qué?

Evan dejó de prestar atención al periódico y la miró.

—No sé, se me ocurre que podrías hacer una visita a Leslie y Amy y pedirles perdón por lo que hiciste.

Al oír el nombre de las que fueron sus mejores amigas, Sophie sintió la incomodidad en el estómago. Hacía mucho que no hablaba con ellas. De hecho, la última vez que lo hizo, fue antes de que el padre de Leslie muriera y Sophie, en vez de ir a verla, decidió mandarle un ramo de flores con una tarjeta impersonal. No es que Sophie fuera una persona insensible, pero durante aquella época era becaria y trabajaba más horas que un reloj para demostrar su valía.

Y así fue como acabaron perdiendo el contacto.



Evan se fue a trabajar al periódico y Sophie volvió a quedarse sola en

casa. Decidió aprovechar la mañana para reorganizar la habitación. Su estancia en Snow Bridge iba para largo, y se sentía un poco rara durmiendo en una habitación llena de cosas de su época adolescente.

Había posters de grupos Pop colgados en la pared y fotos de series y películas de entonces. Cuando empezó a retirar todos aquellos recuerdos, reparó en el corcho colgado sobre la mesa del escritorio. Un corcho con fotos del instituto. Leslie, Amy y Gilbert aparecían en casi todas ellas.

Sintió como el corazón le daba una vuelta en el pecho conmovido por todos aquellos momentos especiales que la Sophie adolescente decidió immortalizar en aquel mural.

Leslie, Amy y Sophie siempre habían sido inseparables. Al igual que con Gilbert, su relación empezó a forjarse en su más tierna infancia. Por aquel entonces, las tres niñas ya tenían un carácter muy definido, y este fue moldeándose hasta empezar la secundaria.

Leslie no tenía pelos en la lengua, era impulsiva, decidida y sincera hasta el extremo, cosa que algunas veces le había llegado a causar problemas.

Amy, por su parte, era dulce, introvertida y tenía un corazón tan grande que era propensa a confiar demasiado en los demás.

Sophie, era el punto intermedio entre ambas, algo que siempre había servido para compensarlas.

Tras echar un último vistazo a las fotos, Sophie tuvo una revelación. ¿Y

si su hermano tenía razón y debía intentar resarcir esos viejos lazos rotos?

Capítulo 5

Sophie llamó a Evan y le preguntó dónde podía encontrar a las chicas. Su respuesta le dejó sin respiración:

—¿Recuerdas aquella vieja casa medio destartada a las afueras de Snow Bridge? Leslie y Amy la compraron hace unos años y la reconvirtieron en hotel.

Colgó tras tragar saliva con dificultad, con la emoción picándole en la piel. Abrir un hotel juntas era uno de esos sueños que Leslie, Amy y Sophie habían compartido desde pequeñas. Saber que ellas lo habían conseguido, que habían hecho su sueño realidad, aunque fuera sin ella, le calentó por dentro de una forma que hacía tiempo no le ocurría.

Se abrigó bien, salió de casa y cogió el coche dispuesta a conducir hasta la zona que su hermano le había indicado.

No tardó en reconocer la vieja casa destartada ahora rehabilitada en un precioso hotelito con la fachada pintada en color limón y un precioso techo a dos aguas de tejas rojizas cubierto de nieve. En un cartel colgado en uno de los lados del porche se podía leer su nombre: «La posada de Snow Home».

Bajó del coche y se dio unos minutos para contemplar el buen trabajo que habían hecho con la casa. Su ubicación era ideal, ya que estaba justo en una zona fronteriza, ahí donde empezar el sendero que bordeaba el bosque

frondoso y mágico de Snow Bridge, perfecto para dar largos paseos y relajarse.

Sophie echó un último vistazo a la preciosa fachada del hotel, se dio ánimos ante el creciente nerviosismo, cogió aire y entró. Nada más pasar al interior, unas campanitas sonaron sobre su cabeza anunciando su llegada y la chica del mostrador levantó la cabeza de las hojas que estaba leyendo para darle la bienvenida con una sonrisa. Pero su sonrisa se quedó congelada en el momento que la reconoció.

La chica era Leslie y no había cambiado nada desde la última vez que la vio. Seguía siendo aquella chica preciosa, alta y delgada, de sonrisa afilada, cabello castaño oscuro y ojos color miel.

Leslie resopló, se cruzó de brazos y frunció el ceño, sin apartar su mirada de la de ella.

—Vaya, vaya, Sophie Winter ha decidido honrarnos con su presencia. Pensaba que una posada de paletos como esta era demasiado insignificante para una neoyorkina con estilo como tú.

Sophie recibió el comentario hiriente sin alterarse demasiado. Había supuesto que estaría enfadada, pero no había esperado ese nivel de agresividad verbal.

—Aunque no te lo creas, he venido a pedirte disculpas.

—¿Pedirme disculpas? —Leslie alzó una ceja con escepticismo.

—Fui muy egoísta por actuar como lo hice. Ojalá pudiera enmendar mi error, pero no hay nada que pueda hacer o decir para cambiar mis acciones. Pero sé que me equivoqué, y lo siento.

Como acto reflejo, Leslie se llevó la mano al cuello, y la miró sin decir nada durante largos segundos.

Su voz tembló al hablar de nuevo:

—Un simple perdón no basta para olvidar que no estuviste a mi lado cuando más lo necesité. Te consideraba una de mis mejores amigas, mi hermana, y me fallaste. No puedo perdonar eso. Y, ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. —Se giró y desapareció por la puerta que tenía tras de sí.

Sophie se quedó plantada en el sitio sin saber muy bien que hacer. Pensó en marcharse, pero justo en aquel momento, se abrió otra puerta a su derecha y salió Amy por ella. Al contrario que Leslie, al verla, una sonrisa se formó en su rostro añorado.

—¿Sophie? No me lo puedo creer, ¡hacía años que no te dejabas caer por aquí!

Amy se acercó a ella y la abrazó con tanta naturalidad que Sophie sintió como la emoción la embargaba. Después de todo, ¿cuánto hacía que una persona que no fuera de su familia le abrazaba de aquella manera?

En Nueva York, Sophie no había tenido amigas, y menos amigas de

verdad. Había salido alguna vez a tomar unas copas con los del trabajo después de la larga jornada laboral, pero la relación con ellos nunca había pasado de un simple compañerismo. Con los brazos de Amy sobre sus hombros, descubrió lo mucho que había echado de menos sentir el calor de otra persona.

—A Leslie no le ha hecho mucha ilusión verme —susurró.

Amy se separó de ella y la miró con dulzura.

—Se le pasará, es cuestión de tiempo.

Sophie sonrió al comprobar que Amy seguía siendo la misma chica dulce y comprensiva que recordaba. Y al igual que Leslie, los años le habían sentado bien. Siempre había sido una chica voluptuosa con un cuerpo lleno de curvas que no entraba dentro de los cánones socialmente impuestos, y eso le acomplejaba, por eso escondía su cuerpo bajo capas de ropa holgada que no le favorecía para nada. Ahora, en cambio, se sentía cómoda en su propia piel y se notaba.

Amy se colgó de su brazo y la arrastró hasta el interior de la cocina.

Sirvió un par de tazas de café, y mientras se lo bebían, le explicó que ella y Leslie eran socias, que habían pedido un préstamo para comprar la casa y restaurarla, y que ella se encargaba de la cocina mientras Leslie llevaba los números. A Sophie aquello no le sorprendió. Cuando de pequeñas soñaban con tener su propio hotel, siempre dijeron que Amy y Leslie ocuparían esos

puestos, mientras Sophie se encargaría del marketing y la publicidad.

—Habéis hecho muy buen trabajo, Amy. Este sitio es maravilloso, mucho más de lo que soñamos de niñas.

—Lo es, ¿verdad? —Soltó un suspiro soñador y luego apretó con un gesto cariñoso su mano—. ¿Y a ti cómo te va en Nueva York? Se rumorea que te vas a quedar por aquí un tiempo.

—Supongo que en esta ocasión los rumores son ciertos —dijo Sophie, con un mohín.

—¿Y eso? Pensaba que Snow Bridge se te había quedado pequeño.

—Si te soy sincera, lo he echado mucho de menos, aunque no he sido consciente de ello hasta llegar aquí. ¿Tiene algún sentido lo que digo?

Amy sonrió.

—Claro que lo tiene. Aunque estoy un poco enfadada contigo por haber tardado tanto en venir a vernos.

—La verdad es que no tenía claro que quisierais hacerlo... —Se encogió de hombros—. Y tal como ha reaccionado Leslie al verme, creo que no me he equivocado mucho.

Alguien se acercó a Amy con una consulta y esta le dijo que se esperara, clavando su mirada en Sophie.

—Sé que fui dura contigo en su momento, pero lo que le hiciste a Leslie estuvo mal y tenía que decírtelo. Pero te he echado de menos todo este

tiempo. A pesar de todo, nunca debimos dejar de hablarnos. La gente que se quiere tiene que encontrar la manera de no perder nunca el contacto. No volvamos a cometer el mismo error, ¿de acuerdo?

Sophie sintió que algo en su corazón volvía a florecer con esas palabras.

—No volveré a fallaros, lo prometo. Eso si Leslie me perdona algún día...

—Solo necesita tiempo.

Amy se levantó, se ajustó el mandil a la cintura y le tocó la mejilla con suavidad.

—Yo tengo que volver al trabajo, pero ¿por qué no vienes mañana por la noche a Snowflakes? Solemos ir todos los viernes por la noche para tomar unas copas y relajarnos.

Snowflakes era un pub que abrieron en el pueblo pocos años después de que ella se marchara. No había ido nunca, pero sabía que servían alcohol, ponían buena música y tenía espacio suficiente para bailar.

—De acuerdo —aceptó Sophie ensanchando su sonrisa.

Y tras despedirse de ella y de los diligentes ayudantes de cocina, Sophie salió del hotel y regresó a casa.

Capítulo 6

Gilbert estaba cansado después de un día que le había resultado agotador. Además de las clases que había tenido que impartir durante la mañana, había tenido que quedarse para supervisar las actividades extraescolares, y eso significaba llegar a casa a las tantas.

Así que, cuando abrió la puerta y entró en su pequeño pero acogedor apartamento de decoración sencilla, decidió prepararse algo para cenar e irse a la cama temprano. Además, quería leer un poco antes de dormir. La noche anterior había dejado una lectura a medias y quería terminarla. Sin embargo, todos sus planes se truncaron cuando llamaron a la puerta. Miró por la mirilla y se sorprendió al ver a Leslie al otro lado.

Abrió la puerta y Leslie entró sin ni siquiera saludar, caminando hasta la nevera, de donde sacó una cerveza que abrió apoyando la chapa en el borde de la encimera.

—«Hola Gilbert. ¿Qué tal estás? Yo bien. Encantado de verte. ¿Puedo coger una cerveza, por favor? Gracias» —dijo Gilbert, imitando la voz de Leslie haciéndole ver que había entrado sin ni siquiera preguntar.

Leslie se sentó de un salto en la barra americana y dio un trago al botellín de cerveza encogiéndose de hombros.

—Yo no soy así de complaciente, Gil. Eso sería más típico de la dulce

Amy. En todo caso yo te hubiera soltado un: «Eh, tú, te cojo una birra, tronco» —dijo esta, golpeándole el brazo.

—Siempre tan educada.

—La educación está sobrevalorada.

—¿Qué quieres, Leslie? Estoy cansado y quiero irme a la cama pronto.

No tengo tiempo para chorradas.

—Menudo amigo de mierda estás hecho, ¿no? —se quejó Leslie, frunciendo el ceño.

Gilbert suspiró. Aunque Leslie y Amy siempre habían sido más amigas de Sophie que suyas, con la marcha de Sophie, entre ellos surgió una especie de camaradería que se había mantenido y reforzado cuando Sophie decidió quedarse en Nueva York.

Hablaron sobre trivialidades del día a día, hasta que, en un momento dado, Leslie se mordió el carrillo y soltó de carrerilla:

—Sophie ha venido a verme.

Gilbert sintió que el cuello de la camisa le empezaba a oprimir la garganta. Desabrochó el primer botón en busca de alivio. Aunque la causa de aquella desazón repentina no tenía nada que ver con su ropa.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó.

—Me ha pedido perdón. —Leslie bajó la mirada hasta sus pies, que se movían de forma sincronizada en el vacío—. Hay que admitir que tiene los

ovarios bien puestos, porque atreverse a pedirme perdón después de lo que hizo...

—¿Te pareció sincera?

—¿Acaso eso importa?

—No, supongo que no.

Gilbert, que había cogido otra cerveza de la nevera, se sentó en la butaca que había justo delante de la barra americana y negó con la cabeza. Porque no, a fin de cuentas, el daño ya estaba hecho y estaba convencido de que era irreparable.

—¿Tú cómo estás? —preguntó Leslie tras dar un largo sorbo a su cerveza.

—Bien, la verdad es que no me afecta para nada su vuelta.

—Ya —dijo Leslie con escepticismo.

—¿A qué viene ese «ya»?

—A que si a mí me ha descolocado, a ti debe haberte puesto la vida del revés, porque podrás engañar a los demás con esa pose tuya de hombre tranquilo, pero no a mí. Sophie fue uno de los grandes amores de tu vida, no pasa nada por estar confundido respecto a tus sentimientos.

—No estoy para nada confundido respecto a mis sentimientos —negó, apoyando la cabeza sobre el respaldo del sillón.

—¿La has visto?

—Sí, una vez, hace una semana.

—¿Y no sentiste nada al volver a verla?

Gilbert se humedeció el labio inferior. ¿Había sentido algo al reencontrarse con ella? Recordó de nuevo el impacto que sintió cuando sus ojos azules le atravesaron desde el cenador de la plaza central. Sintió vértigo, náuseas y ganas de salir corriendo hacia ella, porque seguía siendo la misma chica preciosa de la que se enamoró al empezar el instituto. Luego los recuerdos dolorosos de lo que había pasado entre los dos consiguieron que aquellos sentimientos se esfumaran y fueran reemplazados por la rabia y el desconcierto.

Había seguido pensando en ella desde entonces, pero suponía que era lógico debido a lo inesperado de su reencuentro.

Gilbert fijó la mirada en Leslie y chasqueó la lengua, dispuesto a ser sincero.

—Supongo que sí, que sentí algo, pero es algo ficticio, que pertenece al pasado y no al presente.

Leslie arrugó la nariz sin acabar de creerle.

—Si tú lo dices...

—Qué sí, es más, he quedado mañana para tomar algo con una compañera de trabajo. Creo que me gusta y que las cosas entre los dos podrían ir bien —mintió, porque, aunque Candy le había lanzado una

proposición días antes, él aún no la había aceptado.

Se dijo que lo haría. Que al día siguiente le pediría quedar ese mismo viernes para tomar una copa. Al fin y al cabo, Candy era una chica bonita, lista y compartía los mismos valores que él. Había crecido en un pueblo pequeño parecido a Snow Bridge y siempre había querido vivir en un lugar así.

Gilbert no había vuelto a tener una relación formal con otra mujer desde su ruptura con Sophie. Había conocido a muchas chicas interesantes, incluso había empezado a salir con alguna de ellas, pero al final siempre acababa comparándolas a todas con Sophie. Sabía que era cruel tener como vara de medir a una mujer que seguía idealizando pese al tiempo y la distancia, pero no lo podía evitar, al fin y al cabo, Sophie fue su primer amor y siempre sería especial para él.

—Así que, ¿lo tienes completamente superado? —preguntó Leslie, devolviéndole a la realidad.

—Sí. —Hizo una pequeña pausa y la nuez de su garganta subió y bajó al tragar—. Lo tengo completamente superado.

Sin embargo, Leslie no le creyó.

Él tampoco lo hizo.

Capítulo 7

Al día siguiente, Sophie se despertó con buen humor. Después de una semana de aislamiento, aquel viernes se presentaba distinto. Aquella noche había quedado con Amy en el pub de Snowflakes, y después de la charla del día anterior, le apetecía mucho volver a verla, aunque para ello tuviera que sufrir los comentarios mordaces de Leslie.

Aquella mañana, se levantó temprano y bajó a desayunar. En la cocina se encontró a Evan, concentrado en un artículo que había escrito para el próximo número de La Gaceta. Era curioso ver lo mucho que se esforzaba en su trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que Evan nunca había sido una persona demasiado responsable. Recordaba que de pequeño solía hacer pellas en el instituto. Además, nunca había destacado por sus buenas notas. Suponía que la pasión que sentía por el periodismo tenía mucho que ver con ese cambio de actitud.

Tras desayunar, Sophie acompañó a Evan al trabajo dando un paseo. Le encantaba caminar por las calles nevadas de Snow Bridge, le hacía sentir bien, alegre y relajada.

Fue a tomar un café en la cafetería de Joe y después pasó a comprar algo en el supermercado de Grace, donde la dueña le puso al día sobre la última reunión del pueblo. A Sophie siempre le habían gustado esas reuniones, y

disfrutó mucho charlando con ella sobre este tema.

Entre una cosa y la otra, Sophie no regresó a casa hasta pasadas las doce. Se extrañó al hallar la puerta principal abierta. Entró en la casa y se encontró a su madre tumbada en el sofá, con la cara algo pálida y un trapo húmedo sobre la frente.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó con expresión preocupada. Se puso de rodillas frente al sofá para que sus rostros estuvieran en la misma altura.

—Sí, es solo que me he mareado un poco y Rachel me ha obligado a regresar a casa —le explicó. Rachel era la socia de su madre en la pastelería.

—¿Quieres que nos acerquemos a la clínica del doctor James? —El doctor James era el médico de Snow Bridge.

—No hace falta, cielo, de verdad. Es solo un mareo.

—¿Seguro? —Amber afirmó con la cabeza, pero Sophie la palidez de su madre le pareció preocupante—. Está bien, pero quédate ahí tumbada mientras te preparo algo rico para comer.

Sophie cogió una manta de cuadros escoceses del armario y la tapó. Luego fue a la cocina y preparó algo suave para comer.

Comieron juntas, viendo una serie en el televisor. Amber apenas probó bocado, y acabó quedándose dormida. Sophie seguía inquieta, porque no tenía buen aspecto, y decidió llamar a su hermano para explicarle lo ocurrido, lo que no se había esperado era una reacción tan desmedida. Y es que nada

más oír que su madre no se encontraba bien, Evan colgó el teléfono y le dijo que iba hacia allí.

Un cuarto de hora más tarde, Evan entró al salón con el rostro compungido. La tocó con suavidad hasta que consiguió despertarla.

—Mamá, ¿estás bien?

Abrió los ojos adormilada. Sonrió al ver a Evan.

—No es lo que crees, cariño. —Acarició su cabello castaño despeinado con ternura—. Hace un par de semanas me hicieron las pruebas de seguimiento y todo estaba bien.

—¿Qué pruebas? —preguntó Sophie con el ceño fruncido.

Evan le pidió con un gesto que se callara, pidió a su madre que volviera a dormirse y, tras levantarse, cogió a Sophie por el codo y la llevó hasta la cocina, un lugar donde no pudieran ser escuchados.

—Evan, ¿qué pruebas? —insistió Sophie con la angustia trepando por su vientre.

Evan se tiró el pelo en un gesto nervioso y se sentó en una de las sillas que había en la zona del comedor. Sophie le imitó, sentándose en la que había justo enfrente.

—Mamá ha estado... enferma.

Sophie tragó saliva.

—Define enferma.

—Cáncer.

Solo una palabra y el mundo de Sophie tembló bajo sus pies. Sintió como si una bofetada caliente le zarandeara desde dentro hacia afuera con su onda expansiva.

—Eso no tiene sentido. —Fue lo único capaz de decir.

—En una prueba rutinaria le encontraron un tumor en el pecho. Tuvo suerte, porque estaba en un estado muy inicial y se lo pudieron extirpar sin problemas, aunque los meses posteriores con la quimio y todo fueron... duros.

—No —negó Sohie con la mirada vacía, en estado de shock.

—Sophie...

—No, eso no puede ser verdad

—Ahora está bien...

—¿Por qué no me lo dijisteis? —preguntó prácticamente gritando.

—Shht, baja la voz.

—¿Por qué no me lo dijisteis, Evan? —repitió, esta vez cogiéndole del jersey, con los ojos aguados por las lágrimas que pugnaban por salir.

—¿Decírtelo? —Evan se levantó y la miró a los ojos, con la rabia contenida brillando en ellos—. ¿Crees que no lo intenté? Te llamé mil veces la semana en la que le dieron el pronóstico. Incluso te dejé un mensaje en el buzón de voz pidiéndote que nos llamas, que era importante. Y a día de hoy

sigo esperando esa llamada.

—Si me hubieras dicho que se trataba de mamá...

—No me pareció muy correcto decirte en un puto mensaje de voz que mamá tenía cáncer. Esa es la verdad. —Casi sin quererlo, Evan también había empezado a alzar la voz.

Se quedaron en silencio, mirándose, con los rostros ensombrecidos y las respiraciones agitadas.

—Chicos, por favor, no os peléis. —Amber apareció por la puerta y con solo una mirada consiguió que Evan y Sophie volvieran a sentarse. Ella ocupó una silla entre los dos.

Sophie había empezado a llorar y el rostro de Evan seguía tenso por la ira.

—Cariño, no llores —le pidió a Sophie, que ahora se mocaba con un trozo de papel de cocina.

—Mamá, tuviste cáncer, ¡cáncer! Y yo no lo sabía —gimió.

—Tu hermano quiso ir a Nueva York a explicártelo en persona, pero yo le pedí que no lo hiciera. No quería preocuparte innecesariamente, sabía que estabas muy centrada en tu trabajo y sabía que todo saldría bien. Y así fue. Todas las pruebas desde entonces han sido buenas. Es solo un mareo.

Sophie recordó aquella época. Las llamadas y aquel mensaje de voz de su hermano que escuchó en el contestador. Se dijo que ya lo llamaría entre

reunión y reunión, pero se le olvidó. Se le olvidó llamar a una de las personas que más quería cuando esta se lo había pedido.

De repente, Sophie sintió un gran vacío en su interior. Llevaba años llenando su vida de trabajo y retos profesionales, sin embargo, se había olvidado llenarla de otras cosas mucho más importantes: familia, amor, amistad... Ahora que lo primero había desaparecido, se sintió como una de esas caracolas huecas que se pueden encontrar en el mar.

La charla duró un poco más, pero Sophie apenas habló, estaba demasiado triste para hacerlo. Era tan consciente de lo egoísta que había sido en los últimos años, que esa certeza le hizo sentirse profundamente avergonzada de sí misma.

Capítulo 8

Sophie salió de casa sobre las seis de la tarde. Sabía que las chicas aún no estarían en Snowflakes porque Amy le había dicho que irían después de cenar, pero no quería quedarse en su casa.

El vacío que sentía no hacía más que crecer y crecer, y necesitaba salir y respirar aire fresco. Ni siquiera se arregló demasiado. Solo se cambió el jersey y se pasó el peine por su lacio cabello rubio de forma distraída.

Cuando salió, no nevaba. Se atusó bien el gorro de lana en su cabeza, dio una vuelta más a su bufanda y caminó con paso tranquilo por las calles de Snow Bridge hasta llegar a la plaza central. Snowflakes estaba un poco más apartado, así que giró por la calle correspondiente hasta llegar al pub.

Entró y el calor le azotó en la cara. La iluminación era tenue y procedía de las lámparas de aspecto retro que colgaban del techo. La decoración era rústica, con paredes de ladrillo y muebles de madera oscura y metal. Al comprobar que tal como había supuesto las chicas no estaban, se sentó en uno de los taburetes altos de la barra y esperó al camarero que estaba limpiando algunas mesas.

Cuando terminó su cometido, el camarero se le acercó con una sonrisa en los labios. Sophie no le conocía y le pareció muy atractivo. Era alto, de espaldas anchas y de mandíbula fuerte. Tenía el cabello pelirrojo, los ojos

azules, y si no fuera porque era imposible, hubiera jurado que tenía delante al actor que hacía de Jamie en *Outlander*.

—¿Qué te pongo, preciosa? —preguntó él acentuando su sonrisa ladeada.

—Un whisky con hielo.

El doble de Jamie se le sirvió lo que había pedido de forma rápida y diligente.

Sophie tomó un trago a su bebida con la mirada del chico clavada en ella.

—¿Quién eres? —preguntó al cabo de unos segundos.

—¿Yo? —Sophie se sonrojó.

—Sí, tú.

—Soy... Sophie —respondió, en un encogimiento de hombros—. Sophie Winter.

—Yo soy Kyle. Kyle O' Neill. —El tal Kyle O' Neill apoyó los codos sobre la barra americana y se la quedó mirando con el ceño fruncido como si intentara recordar algo. Cuando lo consiguió, sus ojos se agrandaron—: ¡Eres Sophie! ¡La Sophie de Gilbert!

Sophie estuvo a punto de atragantarse con el whisky. Empezó a toser y se tapó la boca con la mano. Los ojos se le aguaron. Delante de ella, Kyle se inclinó un poco y le golpeó la espalda con su enorme manaza.

—Con cuidado, mujer, que te vas a atragantar.

Sophie esperó a que la tos remitiera y con una voz algo tomada, le preguntó:

—¿De dónde has sacado que soy la Sophie de Gilbert? ¡No soy la Sophie de nadie!

—Gilbert y yo somos amigos, así que... digamos que lo sé todo sobre ti.

Sophie quiso preguntarle qué era lo que sabía, pero en aquel momento, el sonido inconfundible de una puerta abriéndose a sus espaldas le hizo girar a mirar. Se quedó atontada al ver a Gilbert entrar en el local, porque, además, no iba solo. Le acompañaba una chica. Una chica preciosa, para más señas.

Los ojos de Gilbert y Sophie se quedaron enredados en el aire durante unos segundos. Los segundos que tardó la chica bonita que llevaba del brazo en tirar de él hacia una mesa libre al fondo del local.

Aquello era lo último que Sophie quería presenciar ese día. Ver a Gilbert con otra mujer. ¿Sería su novia? ¿Su amante? ¿Una amiga especial? Decidió beberse lo que quedaba en el vaso de una sola tajada a ver si el alcohol le ayudaba a olvidar.

—¿Qué haces aquí? —Gilbert se sentó en el taburete que tenía a su lado derecho y la miró como si fuera un extraterrestre dispuesto a aniquilar la vida en la Tierra.

—He quedado con Amy. —Hizo una breve pausa—. Bueno, y con... Leslie.

—¿Qué pretendes? —Sophie alzó una ceja para darle a entender que no sabía lo que quería decir. Gilbert bufó antes de añadir: —¿Qué intentas hacer con ellas? ¿Volver a ganarte su confianza para dejarlas tiradas de nuevo cuando menos se lo esperen?

Cualquier otro día Sophie hubiera aguantado un comentario como aquel sin inmutarse, pero no un día tan malo como aquel.

—Que te jodan. —Entornó los ojos con rabia, dejó un billete de diez dólares sobre la mesa y salió del local, colocándose a toda prisa el abrigo, el gorro, la bufanda y los guantes. Fuera había anochecido del todo y empezaba a nevar de nuevo. Los primeros copos de nieve empezaban a acumularse sobre los restos de la nieve ya medio derretida de los días anteriores.

Empezó a andar con paso rápido, pero no le dio tiempo de llegar al cruce, porque una mano le agarró de la muñeca.

Era Gilbert.

—¿Déjame en paz! —exclamó soltándose de un tirón.

—No, déjanos tú a nosotros. ¿Por qué has vuelto? Hemos aprendido a ser felices sin ti, ¿sabes? No te necesitamos.

—¿Por qué eres tan cruel? —dijo Sophie con la voz quebrada.

—¿Yo? ¿Cruel? Fuiste tú la que rompiste nuestro pacto y decidiste quedarte en Nueva York. También fuiste tú la que fallaste a tu mejor amiga cuando necesitaba un hombro en el que llorar. Y seguro que tampoco sabes

que los padres de Amy tuvieron que vender la granja porque se arruinaron y que están ahogados en deudas. —Sophie abrió mucho los ojos, incapaz de negar la evidencia de que no sabía nada de aquello—. Fuiste tú la que decidiste que podías vivir sin nosotros, así que ahora no te hagas la víctima porque nosotros hayamos aprendido a vivir sin ti.

Sin darse cuenta, Sophie y Gilbert habían ido acercándose hasta quedar muy cerca el uno del otro, tanto que los vahos de sus respiraciones se entremezclaron.

—Tranquilo, no tendrás que soportarme mucho más tiempo, porque mañana mismo volveré a marcharme. —Le miró fijamente a los ojos color miel, aquellos ojos que ella recordaba cálidos y que ahora parecían fríos como el acero.

—Eso es lo que tienes que hacer. Irte y no regresar nunca más —dijo Gilbert muy despacio, sin apartar sus ojos de los de ella.

Se quedaron mirando sin decir nada. El aire se había hecho más denso y pesado. Hasta que Sophie rompió el contacto visual, dio un paso hacia atrás y salió corriendo dirección hacia su casa, con el corazón hecho jirones y la ansiedad convertida en un nudo en su garganta.

Nada más llegar, envió un mensaje a Amy para explicarle que no podría ir aquella noche al pub y se tumbó en la cama, dejando que los pensamientos se enmarañaran entre ellos sin cesar.

Capítulo 9

Aquel sábado, Sophie esperó a que su madre y su hermano se marcharan a trabajar para preparar la maleta y regresar a Nueva York. A penas había dormido, pensando en todo lo ocurrido el día anterior. Enterarse de la enfermedad de su madre había sido duro, pero sufrir la ira de Gilbert pidiéndole que se marchara lo había sido incluso más.

Sophie tenía la sensación de que nadie la quería en aquel pueblo, y asumía la culpa. Sabía que regresar a Nueva York tampoco era una solución a sus problemas, porque no tenía trabajo y no sabía cuánto tiempo tardaría en conseguir otro. Tenía un poco de dinero ahorrado, pero sabía que gran parte de ese dinero iría destinado a pagar las mensualidades de ese pequeño piso que compró en su día en Manhattan. Bufó y se imaginó a sí misma trabajando en alguna cadena de comida rápida, y la imagen de sí misma sirviendo hamburguesas con batido y patatas fritas consiguió deprimirla aún más.

Bajó la maleta hasta la planta baja y dejó una nota sobre el mueble del recibidor. Una nota donde explicaba el motivo de su marcha. No había hablado directamente de ellos ni de Gilbert, pero sí había dejado claro que Snow Bridge ya no la hacía sentir en casa.

Después, se abrigó bien y salió al exterior, donde la nieve le produjo una gran sensación de melancolía. Tragó saliva, bajó los peldaños del porche y

arrastró la pesada maleta con todas sus cosas hasta el maletero del coche. No le había dado tiempo a cerrar la puerta cuando oyó una exclamación procedente a sus espaldas.

Se giró y vio a Amy, que la miraba con la expresión de decepción apoderándose de su rostro aniñado. Llevaba dos vasos de cartón de la cafetería de Joe entre las manos enguantadas.

—¿Te marchas? ¿Sin despedirte?

—Yo...

—No sé porque pensé que esta vez sería distinto. —Dio media vuelta sobre sus propios talones y empezó a caminar en dirección contraria.

—Espera —la llamó Sophie, que salió tras de ella hasta alcanzarla.

Amy se detuvo y la miró. No parecía enfadada, solo parecía decepcionada, y aquello le hizo sentir más culpable todavía.

—Tienes que entenderme, Amy. Nadie me quiere aquí. Gilbert me detesta, Leslie me odia y tú... Tú sigues confiando ciegamente en la gente, incluso en mí, aunque no me lo merezca...

—¿Estás... huyendo?

Sophie tardó en responder, intentando encontrar la respuesta a esa pregunta en su interior.

—Supongo que sí —confesó—. Llevo días sintiéndome la peor persona del mundo, y si eso no es ya suficientemente castigo, la gente a mi alrededor

no deja de recordarme lo mal que hice las cosas.

—Sophie... —Amy le miró con dulzura—. Hagamos una cosa: entremos en casa, bebámonos estos cafés que he traído y hablemos sobre el tema. Si al terminar sigues queriendo irte, no voy a impedírtelo. Pero al menos, dame una oportunidad para hacerte cambiar de opinión.

Sophie le miró dubitativa, pero la mirada llena de cariño de su amiga, no le permitió otra cosa que aceptar esa petición.



Se sentaron una enfrente de la otra, en la mesa de la cocina. Sophie sacó un paquete de galletas para acompañar con el café. Durante la media hora siguiente, Amy le explicó cómo habían sido todos aquellos últimos años para todos. Empezó hablando de Leslie, de lo mucho que había sufrido por la muerte de su padre, con el que siempre había tenido una afinidad especial. El señor Morris podía parecer un hombre de aspecto regio y autoritario, algo que venía con el cargo de comisario de la policía local, pero en el fondo era un hombre bueno y generoso que quería a su hija y a su mujer por encima de todas las cosas. Su muerte había dejado conmocionado a todo el pueblo, porque fue repentina, culpa de un ataque al corazón mientras trabajaba. A Leslie y a la señora Morris aquello les dejó destrozadas.

—Durante aquellos meses ella nos necesitaba a su lado, por eso, que no vinieras al entierro y le mandarás aquellas flores con aquel mensaje tan frío, la entristeció aún más. Pero sé que te perdonará, Sophie. Porque te quiere, y la prueba de que te quiere es que sigue llevando el colgante con la estrella fugaz que le regalaste.

A Sophie aquello le sorprendió. Ni siquiera se fijó que lo llevara cuando fue al hotel. Aquel colgante se lo compró en su decimoctavo cumpleaños, porque Leslie siempre sintió una fascinación especial por ese fenómeno natural.

Respecto a Gilbert, le explicó lo mucho que se derrumbó tras su ruptura y que estuvo meses deprimido.

—Durante un tiempo, Gilbert se convirtió en un fantasma. Solo iba del trabajo a casa y de casa al trabajo. Te quería de siempre; eras el amor de su vida. Fue como si hubieras muerto y una parte de él muriese también con vuestra ruptura. Nunca ha vuelto a ser el mismo chico alegre y sonriente que era antes de que lo dejarais.

Aquella confesión fue como un mazado. Ella también lloró mucho su ruptura, pero lo vivió de una manera diferente. Para ella romper la relación era el mal necesario para poder cumplir su sueño de trabajar en Nueva York y triunfar en el ámbito laboral. Fue egoísta y lo sabía, pero en aquel momento solo era una joven idealista con muchas ganas de demostrar su valía y

comerse el mundo, aunque para ello tuviera que renunciar al amor, y es que en ningún momento Sophie dudó de que Gilbert fuera el hombre de su vida. Sabía que renunciar a él significaba renunciar al amor verdadero.

Sophie tragó saliva y clavó la mirada en su amiga de paciencia infinita. Como siempre, el rostro de Amy transmitía calma y serenidad. Era una de esas personas que parecen saber siempre que hacer o que decir para que te sientas a salvo.

—¿Cómo quieres que me quede? Tú misma acabas de darme aún más motivos para que me marche.

—No, yo te he explicado la razón por la que ellos están heridos: están heridos porque les dueles, y solo duele aquello que aún te importa.

—Yo no les importo. —Sophie notó un nudo en la garganta y una pequeña opresión en el pecho al ser consciente de esa certeza.

—Claro que los importas, pero ambos renunciaron a ti una vez, tienen que volver a hacerse a la idea de que has vuelto a sus vidas de nuevo. Necesitan acostumbrarse a ti y normalizar la situación. Si te vas, eso nunca va a pasar.

Hablaron un poco más y Amy se marchó. Le hizo prometer que, tomara la decisión que tomara, no perdieran de nuevo el contacto. Sophie se quedó con las ganas de preguntarle por lo ocurrido con la granja de sus padres, pero necesitaba reflexionar sobre lo que acababan de hablar.

Sabía que Amy tenía razón. Si volvía a marcharse, las posibilidades de arreglar las cosas con todos aquellos a los que había decepcionado eran prácticamente nulas. La pregunta era: ¿quería arreglarlas? Durante aquellos últimos años apenas había pensado en Snow Bridge y toda la gente que dejó atrás con sus decisiones. Se centró tanto en ser la mejor en lo suyo que se olvidó de todo lo demás. Pero una semana en el pueblo había sido suficiente para hacer tambalear los cimientos de todo lo que había construido en aquellos años. Eso y el desgaste personal que arrastraba, que le había empujado a regresar allí.

Tras pensarlo mucho, decidió sacar la maleta del coche y volver a entrarla en casa. No tenía claro cuanto tiempo se quedaría, y sabía que no sería fácil hacerlo, pero al menos tenía que intentarlo.

Aquella tarde, cuando su madre y su hermano regresaron a casa, quisieron hablar con ella. Su hermano le pidió disculpas por haber sido tan duro el día anterior. Su madre también se disculpó por no haberla implicado en su enfermedad.

—Tengo que ir el martes a la clínica del doctor James a por los resultados de unas pruebas. ¿Por qué no me acompañas?

Sophie le dijo que estaría encantada de hacerlo, se sirvió un poco de café calentito y salió al porche para ver cómo caía la nieve. La danza que hacían los copos antes de caer al suelo era una de las más bellas que había tenido

nunca el placer de contemplar.

En aquel momento, recordó aquello que le había explicado un profesor en su época de estudiante en Snow Bridge: que las posibilidades de que existieran dos copos de nieve idénticos era prácticamente nulas. Decía que, para que eso sucediera, era necesario que se dieran las mismas condiciones exactas durante su formación, y que eso era improbable, porque la más pequeña variación generaba una diferencia en su forma, aunque fuera mínima.

Sophie pensó que eso mismo pasaba con las personas. Que no había dos iguales. Que las personas eran copos de nieve: distintas y únicas.

Capítulo 10

La clínica del señor James se situaba en una de las calles adyacentes a la plaza central. Era una clínica pequeña que daba cobertura a los habitantes de Snow Bridge. Solo había dos médicos, el mismo doctor James, y su hijo, doctor James Junior, o Logan, como lo conocía Sophie. Al fin y al cabo, Logan era un par de años menor que Sophie y habían ido juntos al mismo instituto.

Cuando Sophie y su madre llegaron, la recepcionista les pidió que esperaran en la salita. No tuvieron que esperar mucho rato, porque enseguida salió de su consulta el doctor y les hizo pasar. Ninguna de las dos supo interpretar la sonrisa suspicaz de este cuando ambas se sentaron.

—Bueno, Amber, acabo de echarle un vistazo a los resultados y... bueno, puedes estar tranquila, todo parece estar normal. Todo excepto un pequeño detalle...

El doctor James alzó una de sus pobladas cejas y sus labios se estiraron en una sonrisa.

—¿Qué ocurre? ¿Es grave? —preguntó Sophie, ansiosa.

—No, al contrario —respondió sin perder la sonrisa—. Amber, felicidades, estás embarazada.

Sophie agrandó los ojos sorprendida por la noticia. Amber, en cambio, se

puso lívida.

—Pero, pero... eso es imposible, es decir, yo pensaba que ya no... que ya no podía... —Era incapaz de terminar la frase.

—Muchas mujeres se confían antes de tiempo con la llegada de la menopausia, pero hay un periodo de transición en el que el cuerpo de la mujer aún puede liberar un óvulo de forma espontánea, por lo que si se tienen relaciones sexuales sin protección en el momento adecuado...

—Ay, Dios. —Amber se llevó una mano en la boca.

Sophie, en cambio, se quedó tan atontada con la noticia que fue incapaz de decir nada.

—Entiendo por tu reacción que no es un embarazo deseado.

—Por el amor de Dios, Donald, ¡por supuesto que no ha sido deseado!
—exclamó Amber fuera de sí, llamando al doctor por su nombre de pila.

—Las hormonas suelen poner a las mujeres muy susceptibles durante el embarazo —dijo Donald James, mirando a Sophie, que seguía sin salir de su estupor.

—Donald, ¿estás seguro de que no hay un error? Es decir, ¿es definitivo?

—Completamente definitivo, las pruebas son irrefutables.

Cuando salieron de la consulta, Amber pidió a Sophie que le dejara en la pastelería. Apenas hablaron durante el trayecto, cada una perdida en sus propios pensamientos. Sophie era incapaz de entender lo que acababa de

ocurrir. ¿Su madre se había quedado embarazada? Pero... ¿Cómo había ocurrido? Bueno, el cómo no era necesario que se lo aclarara porque era bastante evidente, pero ¿de quién?

Antes de bajarse del coche, su madre la miró y le pidió por favor que no dijera nada a nadie, ni siquiera a su hermano.

—Necesito hacerme a la idea —añadió.

Sophie la comprendió, al fin y al cabo, ella misma necesitaba hacerse a la idea de que iba a tener un nuevo hermanito o hermanita en menos de nueve meses...

Capítulo 11

Al día siguiente, Sophie quedó para comer con Amy en la cafetería de Joe. Amy le pidió que fuera a la posada, ya que podría preparar algo para ellas dos, pero Sophie prefería quedar en un lugar donde no estuviera Leslie.

—Tienes mala cara, ¿estás bien? —preguntó Amy cuando entró en la cafetería y la encontró con aire ofuscado tomando un café. Su desarrollado sentido de la empatía le hacía saber siempre cómo se encontraba la persona con la que hablaba.

—Sí, tranquila, solo estoy... un poco despistada —dijo Sophie forzando una sonrisa. Aunque confiaba en su amiga no podía explicarle lo del embarazo de su madre. Esta le había pedido expresamente que no se lo dijera a nadie—. Gracias por aceptar venir hasta aquí. Supongo que no te debe haber sido fácil teniendo en cuenta que eres la chef.

—Bueno, no servimos comidas entre semanas —explicó haciendo una mueca.

—¿Y eso?

Amy se mordió el labio y bajó la voz.

Joe se acercó a ellas, cogió nota y cuando se fue tras la barra, Amy empezó a hablar.

—Las cosas en la posada no nos van todo lo bien que nos gustaría, así

que hemos tenido que reducir gastos.

Amy pasó a relatarle las dificultades que estaban teniendo para tirar adelante el hotel mientras comían los sándwiches que habían pedido. Seguían teniendo pérdidas importantes cada mes y a penas les daba para pagar deudas y los sueldos de los empleados.

—La verdad es que no sabemos si podremos continuar así mucho tiempo. Incluso hemos pensado en aceptar la oferta de un inversor que nos ofreció comprar el hotel, pero dejándonos la gerencia.

—Pero eso sería una pena, ese tipo de inversores solo piensan en sacar beneficios de los hoteles, aunque para ello tengan que cargarse todo su encanto. Y vuestra posada es un lugar muy especial.

—Lo sé, nos pasamos meses diseñando hasta el más mínimo detalle del hotel, pero la realidad es que no podemos seguir viviendo del aire. No sé si lo sabes, pero mis padres perdieron la granja hace unos años, y están ahogados por las deudas. Me gustaría ayudarlos y, sin embargo, apenas puedo pagar la renta de mi piso de alquiler a fin de mes.

Amy le explicó de forma resumida cómo una mala inversión había llevado a sus padres a la ruina. Sophie la escuchó atenta, intentando darle ánimos con una sonrisa reconfortante.

—A veces pienso que no debería haberme metido con el tema de la posada con todo esto, pero de verdad que pensaba que las cosas nos irían

bien. Confiaba en ello.

Sophie se mordió el labio, indecisa, con una idea rondando en su cabeza, al final la dijo en voz alta.

—Yo podría ayudaros. —Dejó el triángulo de pan de molde sobre el plato y sacó del bolso la libreta que siempre llevaba.

—¿Cómo? —preguntó Amy desconcertada.

—¿Tenéis página web? —Amy negó con la cabeza y Sophie frunció el ceño —¿Y qué redes sociales tenéis activas? ¿Facebook? ¿Instagram? — Amy volvió a negar con la cabeza y el ceño de Sophie se frunció aún más—. ¿Habéis dado de alta el hotel en algún directorio digital?

Cuando Amy volvió a negar con la cabeza, Sophie suspiró y cerró la libretita.

—Hoy en día internet es imprescindible para dar a conocer un negocio nuevo. Es normal que tengáis problemas para conseguir clientes si nadie sabe qué existís. Y si no salís en Google, no existís.

—Pensábamos que el boca a boca haría todo el trabajo.

—El boca a boca es importante, pero ayuda poco en un negocio nuevo.

—Ya...

—Yo puedo ayudaros a publicitar la posada en Internet, si me dejáis — sugirió.

—No sé, Sophie, no podríamos pagarte nada... —Amy no parecía muy

convencida.

—No tenéis porque hacerlo. La verdad es que no tengo nada que hacer, y no es por dármelas de nada, pero soy muy buena en mi trabajo. Seguro que, con una buena estrategia, podría ayudaros a arrancar el negocio.

Y aunque Amy seguía sin verlo claro, Sophie consiguió que Amy aceptara su invitación.

Cuando Amy se fue de nuevo a trabajar, Sophie se quedó sentada en la cafetería con un trozo de tarta de chocolate en un plato y la cabeza metida de lleno en aquel nuevo proyecto. Tenía la sensación de que aquella era una buena forma de mantenerse entretenida, y no solo de eso, sino también de ganarse el perdón de Leslie.

Estaba trazando un esquema mental con los pasos a seguir, cuando Joe se sentó en la silla de enfrente. Sophie levantó la cabeza para mirarlo y alzó una ceja, porque parecía querer decirle algo importante.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, bueno, sí, es decir... —Chasqueó la lengua y a Sophie le hizo gracia verlo tan nervioso—. Solo quiero saber cómo está tu madre. Ayer pasó por aquí Rachel, ya sabes, y me explicó que llevaba unos días... mal, que incluso la tuvo que mandar a casa porque se había mareado en la pastelería.

—Está bien, Joe, lo que le ocurre no es nada... grave. Pero ¿por qué no se lo preguntas tú mismo?

—Bueno... No sé si eso será posible.

—¿Seguís sin hablaros? Esta vez la discusión debe haber sido épica...

—No hubo discusión ninguna, es solo que... —Joe se mordió el labio y se levantó casi como un resorte—. No importa. Me alegro de que esté bien.

Y antes de que Sophie pudiera decir nada, volvió a colocarse detrás de la barra.

Sophie intentó concentrarse de nuevo en ese esquema que había dejado a medias, pero tenía la extraña sensación de que su intuición estaba intentando ponerle sobre aviso sobre algo. Y entonces sintió el clic de una suposición avanzar hasta ocuparlo todo y convertirse en certeza.



—¡¡El padre del bebé es Joe!! —exclamó Sophie tras cerrar la puerta de la pastelería de su madre tras de sí.

Por suerte, la tienda estaba vacía. Solo estaba su madre, tras el mostrador, decorando unas galletas con glaseado.

—¿Qué? ¿Cómo te has enterado? —preguntó tan exaltada que el chorro de la manga pastelera se desvió de su objetivo y acabó manchando toda la pared.

—He comido en la cafetería de Joe, y digamos que Joe está muy raro.

Tanto que me ha parecido sospechoso.

—Menudo idiota —masculló Amber mientras dejaba la manga pastelera sobre el mueble e intentaba limpiar el estropicio.

—Entonces, ¿he acertado? —Sin querer se le escapó una risa burlona.

—No te regodees con la situación —dijo apuntándola con el trapo.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Es decir, tarde o temprano tenía que pasar algo entre vosotros dos. Aunque pensé que sería más temprano que tarde, y con el tiempo que hace que os conocéis, ya había perdido la esperanza de que sucediera.

—¿De qué estás hablando?

Sophie sonrió, volteó el mostrador y se puso al lado de su madre, ayudándola a limpiar el manchurrón rosa de la pared.

—¿Está Rachel?

—No, se ha marchado a hacer unos recados. ¿Por qué?

—Para que no oiga lo que estoy a punto de decirte. —Sophie colocó los brazos en jarras y como respuesta a ese movimiento, su madre se cruzó de brazos—. Conocemos a Joe desde que vinimos a vivir al pueblo, y, desde el primer momento, entre vosotros ha habido algo.

—Oh, vamos, no digas tonterías —dijo Amber poniendo los ojos en blanco.

—No son tonterías. Vuestra forma de miraros es... como si encontrarais

en el otro la respuesta a todas las preguntas que alguna vez os habéis hecho.

—Pero si nos pasamos el día discutiendo.

—Es vuestra forma de comunicaros.

Amber chasqueó la lengua.

—Es una locura.

—¿Qué no lo es en el amor?

La madre de Sophie resopló, se dio la vuelta y volvió a frotar con esmero la pared. Mientras limpiaba empezó a hablar:

—Cuando tu padre murió pensé que nunca volvería a querer a ningún hombre cómo le quería a él. Pensé que a partir de entonces mi vida seríais Evan, tú y mi pequeño negocio, no pensé que... —Cogió aire antes de proseguir—. No pensé que aparecería alguien como Joe, capaz de estar a mi lado y apoyarme siempre, en los buenos momentos y en los malos, incluso cuando me merezco una patada en el culo.

Sophie le cogió del codo paralizando un momento el movimiento que hacía con el brazo para que la mirase y le dedicó una sonrisa llena de cariño.

—Mamá...

Amber agachó la cabeza, avergonzada.

—Durante todos estos años he intentado ignorar todo lo que sentía por él. Ambos hemos salido con otras personas, pero nunca hemos dejado de ser amigos. Los mejores amigos, en realidad. Pero no quería arriesgarme a que

pasara nada entre nosotros por miedo a estropearlo, de perderlo como ya perdí una vez a vuestro padre. Sin embargo, cuando me dijeron que tenía cáncer... la perspectiva de todo cambió. Él estuvo a mi lado en todo momento, y cuando todo pasó me invitó a cenar a su casa para celebrar que ya estaba recuperada y... pasó. —Sus mejillas se pusieron aún más coloradas—. Me dijo que ya no quería esperar más, que había esperado demasiados años en decirme que me quería y que ahora que había estado a punto de perderme había comprendido que no quería dejar pasar más tiempo.

—Qué bonito —dijo Sophie, entre sorprendida y emocionada. Imaginarse a un hombre rudo como Joe decir todo aquello era extrañamente tierno.

—Me dejé llevar, Sophie... y nos hemos dejado llevar muchas más veces desde entonces. Hasta que el otro día Joe me dijo que quería hacer público lo nuestro. Que estaba harto de que nos escondiéramos. Y me asusté.

—¿Por eso ahora nos habláis? —preguntó Sophie comprensiva.

—Exacto.

—Mamá, Joe se merece saber que estás embarazada. Tarde o temprano se enterará, es decir, es algo que no vas a poder esconder para siempre.

—No tiene porqué saberlo. Aún no he decidido si quiero tener al bebé.

—¡Pero mamá! —exclamó Sophie sorprendida por su insinuación—. No estarás pensando en abortar, ¿verdad?

—Sophie, no tengo edad para volver a ser madre. Tengo un negocio y me gusta la vida llevo. No quiero renunciar a ella.

—Pero...

No pudieron seguir hablando porque Rachel entró en la pastelería parlotando sobre un cotilleo que Bonnie le había explicado en el supermercado de Grace. Mientras Rachel hablaba, usando esa forma de explicar las cosas tan graciosas que la caracterizaba, Sophie no dejó de mirar a su madre. Estaba segura de que la pobre estaba pasando mal. Lo podía ver por su mirada apagada.

Capítulo 12

Aquella semana el tiempo pareció acelerarse. Con su nueva rutina, Sophie volvió a sentirse útil.

Durante aquellos días, Sophie se levantó temprano todos los días. Desayunaba con su madre y su hermano, y luego se iba a dar una vuelta por el pueblo. Había coincidido con Gilbert alguna vez, pero en ninguna de esas ocasiones él se le acercó ni le habló, solo le lanzó miradas asesinas desde la lejanía. Además, las sentía sin necesidad de verle. Era como un cosquilleo constante que le hormigueaba la piel y la avisaba de que él estaba en algún lado taladrándola con los ojos.

Por la tarde, se encerraba en su habitación y daba forma al plan estratégico que estaba diseñando para impulsar el hotel de sus amigas. Estaba convencida de que una vez llevaran a cabo todas las acciones que proponía, las cosas empezarían a mejorar.

El hotel estaba muy bien ubicado, cerca una de las estaciones de esquí más importantes de Vermont, pero lo suficientemente lejos como para no tener que sufrir las aglomeraciones del turismo que había en las inmediaciones durante la temporada de nieve. Además, Leslie y Sophie habían hecho un buen trabajo con la reforma y la decoración, y conservaba el aspecto tradicional de las casas típicas de Vermont, algo que le daba un

encanto especial. En resumen, Sophie estaba segura de que, con un poco de publicidad, la posada de Home Snow podía convertirse en un destino de referencia para todos aquellos urbanitas que querían huir de la ciudad en busca de un lugar para relajarse rodeados por la nieve.

Así que Sophie solía estar entretenida hasta la hora de la cena, donde volvía a reunirse con su madre y su hermano para hablar de su día. A Sophie aquello al principio le parecía extraño, sobre todo porque después de tantos años viviendo sola no estaba acostumbrada a tener a alguien con quién hablar, pero, poco a poco, empezó a acostumbrarse a la sensación cálida que provoca saber que tienes cerca a gente a la que le importas.

Por la noche, antes de dormir, cuando su hermano Evan se marchaba por ahí a tomar algo con sus amigos, quedaba con alguna de las chicas con las que salía o se encerraba a su habitación para hacer Dios sabe qué, Sophie y su madre se preparaban un chocolate caliente y hablaban sobre todo: sobre Joe, sobre el embarazo, sobre Gilbert, sobre Leslie y sobre todas las cosas que las preocupaba. Durante aquellos días, Sophie volvió a encontrar en su madre una amiga, aquella amiga a la que también perdió sin darse cuenta al marcharse a Nueva York.



Cuando Sophie le dijo a Amy que ya había acabado con la estrategia para el hotel, esta le propuso que se reunieran en la posada. Sophie aceptó, pero con miedo. No había vuelto a ver a Leslie desde su primer encuentro y no sabía cómo iba a reaccionar a su presencia, pese a que Amy le aseguró que se comportaría de forma profesional.

Quedaron el viernes por la mañana. A las diez en punto, Sophie ya había aparcado el coche en el exterior y entró en el hotel con el portátil bajo el brazo.

En la recepción, no encontró a Leslie, sino a una chica que reconoció enseguida, porque era Olivia, la hermana pequeña de Amy. Ambas se parecían en las facciones dulces y el rostro aniñado. Era la primera vez que coincidía con ella desde su regreso.

—¡Sophie! —exclamó Olivia al levantar la vista y reconocerla. Volteó el mostrador y le dio un abrazo cariñoso.

—¿Cómo estás? No sabía que trabajabas aquí. Pensaba que estarías en la universidad. Amy me comentó que estabas estudiando psicología.

Olivia hizo un mohín y se encogió de hombros.

—Si, bueno... No sé si sabes que mis padres tuvieron que vender la granja y que están endeudados hasta las cejas... —Sophie afirmó cautelosa, durante aquellos días Amy le había explicado alguna cosa, pero sin entrar en detalles—. Así que estudio a distancia y trabajo aquí o de camarera en

Snowflakes los fines de semana para ser autosuficiente y asumir mis propios gastos.

—Lo siento, debe ser una situación dura.

—Bueno, supongo que podría haber sido mucho peor. Saldremos adelante. —Se encogió de hombros con una sonrisa radiante, llena de optimismo.

Así era la familia Anderson, optimistas y positivos hasta la médula. Sophie conocía a los padres de Amy y Olivia, y siempre le habían parecido dos personas buenas y confiadas que se desvivían por los demás. Era algo que todos llevaban en sus genes.

Hablaron unos minutos más, y Olivia le condujo hasta el despacho donde aguardaban Amy y Leslie. Llamó a la puerta con los nudillos, abrió y la invitó a pasar con un gesto.

El despacho era pequeño y sencillo pero acogedor. Tenía una mesa central, detrás de la cual estaban sentadas Amy y Leslie. No pudo evitar fijar la vista en el enorme ventanal del fondo, desde el cual se podía ver el paisaje nevado.

Sophie se sentó en una silla y evaluó la situación. Amy le sonrió tranquilizadora, a pesar de que Leslie, a su lado, parecía tensa como un palo. Se fijó en su cuello, y aunque no vio el colgante con la estrella fugaz que le regaló, sí atisbó el brillo plateado de una cadena.

Sophie sacó el portátil y empezó a hablar, y explicándoles todo lo que había preparado para publicitar la posada de Snow Home en internet. Les habló de la página web que estaba creando, de los directorios digitales que había elegido para inscribir la posada, de las redes sociales más importantes y de la necesidad de aparecer en Google Maps para que la gente los encontrara al usar el aplicativo.

Leslie y Amy la escuchaban fascinadas, aunque no comprendían la mitad de cosas que Sophie les decía. Lo notaba por la forma en la que se miraban entre ellas, como si les hablara en chino.

A ambas les gustó el planteamiento que Sophie les hizo. Leslie, poco a poco, había ido relajando su rictus. Incluso a Sophie le pareció ver un amago de sonrisa en dos ocasiones, aunque no quiso hacerse demasiadas ilusiones sobre que fueran reales y no una ilusión provocada por las ganas de verlas.

Al terminar la presentación, Sophie les propuso encargarse de llevar a cabo aquella estrategia durante las próximas semanas.

—La verdad es que pinta muy bien, Sophie, pero no tenemos recursos para pagarte ahora mismo... —empezó a decir Leslie.

—Ya le dije a Amy que no es necesario que me paguéis nada. Me paso el día en casa muerta de asco. Trabajar en esto me ha salvado del hastío profundo esta última semana.

Leslie y Amy intercambiaron una mirada significativa.

—Está bien, si de verdad quieres encargarte de esto, adelante.

—No os arrepentiréis, de verdad. Conseguiremos que la posada funcione.

Sophie sonrió con seguridad y vio como Leslie se llevaba una mano a su cuello. La vio tocar la cadenita donde suponía que tendría colgada la estrella fugaz, como si pudiera encontrar en ella algo de seguridad.

Hablaron de términos y cuando ya no le quedó nada más que decir, Sophie se levantó de la silla dispuesta a marcharse. En el momento en el que agarró el pomo de la puerta, Leslie le pidió que se esperara. Sophie se giró, miró a la chica morena de sonrisa afilada, y con la mano aún en su cuello, le dijo:

—Hemos quedado esta noche para ir a tomar algo en Snowflakes. Si quisieras pasarte y hacernos compañía, no te lo impediría...

Sophie la estudió con la mirada. Se notaba que hacerle aquella proposición le estaba costando mucho esfuerzo. A su lado, los ojos de Amy resplandecieron. Sabía que aquello era una especie de paso adelante que les permitiría solucionar sus diferencias.

Capítulo 13

Gilbert dio un nuevo trago a su vaso haciendo que el líquido le quemara en la garganta. Hablaba con Kyle sobre como les había ido la semana.

Desde que Kyle llegó al pueblo hacía ya varios años atrás, este se había convertido en su mejor amigo. Muchos de los chicos con los que había congeniado en el instituto se habían marchado a otros pueblos y ciudades, por lo que tener a Kyle en su vida había sido toda una suerte.

Kyle era de Burlington y había tenido un futuro prometedor como guardameta en hockey hielo. Le ficharon en una buena universidad con una beca de deportes, y había estado a punto de entrar en uno de los equipos más importantes del país. Pero a pocas semanas de terminar, tuvo un accidente por culpa de un conductor drogado, y estuvo a punto de perder la pierna derecha. Se la pudieron salvar, pero de aquello le había quedado una leve cojera que le había prohibido volver a jugar a ese deporte que consideraba todo su mundo. Con su vida del revés, Kyle decidió marcharse a algún sitio tranquilo y remoto, y así llegó a Snow Bridge, donde decidió abrir un pub para ganarse la vida con el dinero que le dieron de la indemnización.

El negocio iba bien y era el sitio donde solían salir los fines de semana los jóvenes del pueblo. Ponían buena música y el ambiente era agradable y acogedor.

Kyle y Gilbert se llevaron bien desde el primer momento, y desde entonces quedaban a menudo para ver juntos los partidos de sus equipos preferidos.

Aquella noche, Gilbert había pasado por Snowflakes antes de la llegada de Candy. Llevaban quedando un par de semanas, y aunque aún tenía muchas dudas sobre aquella relación, pensó que tenía que seguir intentándolo, más aún cuando Sophie había incumplido su amenaza y seguía paseándose por las calles del pueblo a diario recordándole el fantasma de aquella historia de amor que no pudo tener su final feliz.

Sabía que estaba mal jugar de esa manera con los sentimientos de aquella chica, porque ella le había dejado claro que él le gustaba y que buscaba una relación seria, pero él lo estaba intentando de verdad.

Dio otro trago hasta a su bebida hasta vaciar el vaso y Kyle se lo volvió a llenar. Hablaban del trabajo, de la vida, de todo y de nada, cuando la puerta del pub se abrió.

Era Sophie.

Al verla, Gilbert apretó con tanta fuerza la mano con la que estaba sujetando el vaso que este estuvo a punto de romperse. Kyle, que había sabido leer la tensión en su mandíbula, le colocó una mano sobre el hombro consiguiendo que se relajara.

—Una gin-tonic, por favor —pidió Sophie, sentándose en uno de los

taburetes de la barra. En uno bien alejado de Gilbert, para ser exactos.

—Marchando —canturreó este.

Gilbert miró de reojo a Sophie, que se había quitado el abrigo y lo había colgado en el perchero de la entrada. El corazón se le desbocó al verla tan bonita. Llevaba un vestido ajustado de lana de color azul celeste que perfilaba todas sus curvas, el pelo suelto y los labios pintados de rojo. Era indudable que su cuerpo seguía reaccionando a ella de forma autónoma. No importaba que su mente la odiase con todas sus fuerzas, cuando ella volvió a sentarse y se inclinó hacia delante para coger la copa que Kyle le tendió, su mirada se fue directa hacia su trasero y notó como bajo su pantalón algo despertaba.

Aquello le enfureció.

Se levantó del taburete y se acercó a ella, con la mirada encendida.

—Creo recordar que dijiste que te marcharías de Snow Bridge, sin embargo, no dejes de verte en todas partes.

Sophie respondió sin ni siquiera levantar los ojos de su copa:

—He cambiado de idea, ya no pienso irme.

—¿Por qué? No eres bienvenida.

Sophie respiró con profundidad, dejó la copa sobre la superficie de madera y se giró para mirarle a los ojos. Los suyos parecían dolidos.

—No pretendo que lo entiendas, Gilbert, pero Snow Bridge también es mi hogar. Siento que me detestes tanto como para no querer volver a verme

nunca más, pero los errores que cometí en su momento no cambian el hecho de que aquí vive la gente que más quiero en el mundo. Y ahora, si me disculpas, voy a buscar una mesa.

Forzó una sonrisa, se levantó y se sentó en una de las mesas más alejadas de la barra. Gilbert se quedó pasmado. Aquella respuesta le había dejado mudo. La escudriñó con la mirada. Sophie había sacado su móvil y no levantó la mirada de la pantalla ni un solo momento.

—¿Crees que es necesario ser tan capullo con ella? —preguntó Kyle, en un susurro.

—Tú no sabes nada.

—Sé lo suficiente. Y creo que la pobre ya ha pagado por sus faltas, no es necesario torturarla más por ello.

Gilbert no respondió. Se concentró en su bebida, con aire taciturno, hasta que la puerta se volvió a abrir y por ella entraron Amy y Leslie. Amy les saludó con un movimiento de cabeza y se fue hasta la mesa que ocupaba Sophie. Leslie, en cambio, se sentó al lado de Gilbert tras saludar con un alzamiento de cejas a Kyle, con el que mantenía una relación pasivo-agresiva desde hacía tiempo.

—¿Por qué no te sientas con nosotras? —Leslie señaló la mesa donde Amy y Sophie conversaban animadas.

—¿Por qué has quedado con Sophie? —preguntó Gilbert, disgustado—.

Pensé que tú tampoco querías volver a saber nada de ella.

—Y no quería —suspiró—. Pero está intentando ayudarnos con la posada, y no sé, quiero dejar que las cosas fluyan a ver cómo van las cosas entre nosotras.

—Volverá a marcharse y volverá a haceros daño.

—Quizás sí, pero todos nos merecemos el beneficio de la duda.

Leslie le palmeó el brazo y se marchó para sentarse con las chicas. Por mucho que Gilbert intentó no hacerlo, las estuvo observando de reojo durante los minutos siguientes. Verlas charlar de aquella manera, compartiendo sonrisas, le recordó a otra época. Una época en la que su vida estaba llena de luz y color, incluso en los meses en los que la nieve y el cielo grisáceo eran el denominador común en aquel pueblo.

Candy llegó puntual. A las ocho en punto entró en el local cantoneándose y empezó a parlotear con esa voz aguda que tan dolor de cabeza le producía. Gilbert intentó concentrarse en ella, pero cada poco tiempo le llegaba una ráfaga de risas de la mesa que estaba a sus espaldas. Y era incapaz de no girarse de vez en cuando para echar una miradita. Cada vez que veía a Sophie reír, su corazón se le hinchaba como un globo lleno de helio. Porque cuando Sophie reía, lo hacía con toda su cara, y eso la convertía en la mujer más preciosa del jodido planeta.

Se tomaron un par de copas, y ella propuso ver una película juntos en su

casa. Vivía cerca de allí, así que llegaron en pocos minutos. Candy le hizo sentarse en el sofá mientras abría una botella de vino y encendía unas velas. A Gilbert no le costó adivinar de qué iba todo aquello.

Ella propuso ver una película romántica en Netflix. A él no le gustaban mucho ese tipo de películas, pero aceptó, porque algo él decía que lo último que harían sería verla.

Se sentaron muy juntos en el sofá y, al poco de empezar el film, los labios de Candy empezaron a explorar su oreja. Sintió su lengua en la piel y poco después la mano de ella empezó a desabrocharle el cinturón y le bajó la cremallera del pantalón.

Empezaron a besarse. No era la primera vez que se besaban en aquellos días, pero era la primera vez que lo hacían de aquella manera. Con esa pasión que caracteriza la anticipación al sexo.

La mano de Candy se coló por dentro del pantalón y empezó a tocarlo por encima de los calzoncillos. Su miembro no tardó en endurecerse, porque Candy besaba muy bien, era preciosa y sabía muy bien lo que tenía que hacer para hacer enloquecer a un hombre. Cuando le oyó soltar un jadeo, Candy sonrió contra su boca y metió la mano por dentro de la ropa interior. Empezó a acariciarle, arriba y abajo, de la base a la punta, lentamente.

—¿Quieres que me la meta en la boca? —le preguntó al oído.

Eso bastó para que su miembro se hinchara aún más. Sin esperar su

respuesta, Candy se inclinó y se metió la erección en la boca.

Gilbert cerró los ojos y disfrutó del momento. Cerró los dedos sobre su pelo en un puño cerrado y la sintió gemir contra él. Y en aquel momento, mientras cogía su pelo y marcaba el ritmo, se imaginó que la rubia que tenía entre las piernas haciéndole disfrutar, era Sophie.

Recordó su pelo rubio enredado entre sus dedos, los labios rosados de ella dándole placer, lo mucho que le gustaba que le tirara del pelo cuando estaba a punto de correrse.

Eso bastó para precipitar el orgasmo. Se corrió en un gruñido ronco, y cuando abrió los ojos y se encontró la mirada orgullosa de Candy y no los ojos hambrientos de Sophie, se sintió la peor persona del mundo por haber estado con ella pensando en otra.

En Sophie, para ser exactos.

En Sophie, su ex.

En Sophie, la persona que más odiaba en el mundo.

—Lo siento, pero tengo que marcharme —dijo a Candy, subiéndose la cremallera del pantalón a toda prisa.

—Pero... ¿por qué? ¿No te ha gustado?

Candy parecía desconcertada.

—No, no es eso, tú has estado genial, pero...—Se pasó una mano por el pelo, nervioso—. Lo siento, no tiene nada que ver contigo.

Antes de que ella pudiera añadir nada más, salió del piso y se marchó hasta su casa, sintiendo como la confusión se expandía por cada poro de su piel.

Capítulo 14

Faltaba una semana para que noviembre terminase, la nieve seguía decorando de forma incesante las calles de Snow Bridge y Sophie estaba cada vez se sentía más cómoda con su nueva vida.

Durante aquellos días, Sophie trabajó duro para llevar a cabo su estrategia publicitaria para que la posada de Snow Home tuviera más visibilidad en Internet. Creó una cuenta de Facebook, Twitter e Instagram y explicó a Amy y Leslie como podían sacarle partido, subiendo fotos del hotel, anunciando las actividades que hacían u ofreciendo promociones especiales. También creó una página web sencilla y suscribió la posada en los directores digitales de referencia en el sector. Solo le faltaba hacer un buen reportaje fotográfico para empezar a promocionarlo.

Como Leslie y Amy no podían permitirse a un fotógrafo profesional, Sophie convenció a su hermano para que hiciera el trabajo a cambio de una cena en la posada. Evan se encargaba muchas veces de las fotografías de sus propios artículos para La Gaceta de Snow Bridge, y no se le daba mal. Así que el jueves después de comer, ambos se presentaron en el hotel para llevar a cabo la sesión fotográfica. Él se encargaba de hacer las fotos y Sophie se convirtió en su ayudante.

Estuvieron cerca de cuatro horas haciendo fotos sin descanso. Evan era

muy perfeccionista, así que repetía las fotografías todas las veces que hiciera falta hasta que salían cómo él quería. Hizo fotos de todo el interior y del exterior.

Cuando terminaron, ya había amanecido y se sentaron en una de las mesas del comedor para recibir su cena de recompensa. Leslie y Amy se sentaron con ellos.

—Son todas maravillosas —dijo Leslie a Evan, mirando las fotos en la pantalla de la cámara.

—No es para tanto —dijo Evan con una sonrisa socarrona.

—No seas humilde, son una pasada —insistió Amy, quién también observaba las fotos embelesada.

—Lo que es una pasada es esta sopa de champiñones, Amy. —Evan sonrió y se apartó un mechón de cabello castaño que le caía en la frente con un gesto automático.

A Sophie no le pasó inadvertido el rubor que subió por las mejillas de su amiga con ese comentario, ni tampoco la mirada discreta que le echaba cuando creía que él no la miraba, o la forma en la que se tocaba el pelo rubio cuando él la hablaba.

Evan se terminó el primer plato y aprovechó para ir al baño mientras le traían el segundo.

—Tienes que dejar de comerte a Evan con los ojos —dijo Leslie,

soltando una carcajada.

Las mejillas del rostro aniñado de Amy se encendieron.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loca? Yo no me he comido a nadie con los ojos.

—Sí que lo haces, cielo. Aunque estoy convencida de que a él no le importa que lo hagas. Es más, estoy segura de que si se lo pides te deja comerle lo que quieras. —Leslie alzó ambas cejas con picardía, Amy le golpeó en el brazo y Sophie se tapó la cara horrorizada.

—Puedes no hacer comentarios sexuales sobre mi hermano, ¿por favor? Me resulta demasiado repulsivo.

Leslie volvió a soltar una carcajada.

Durante aquellos días, Sophie y Leslie habían vuelto a recuperar aquella amistad perdida. No del todo, ni con la confianza de antaño, pero sí que entre ellas había vuelto a instaurarse una complicidad agradable y cómoda.

—Tu hermano está bueno, Sophie, acéptalo—. Sophie se puso un dedo en la boca imitando el acto de vomitar—. Y a Amy le gusta.

Sophie miró a Amy sorprendida.

—Espero que eso no sea cierto, porque mi hermano es un mujeriego alérgico al compromiso que no te conviene.

Amy empezó a atusarse el cabello rubio detrás de las orejas, que estaban coloradas por culpa del rubor.

—No, no es verdad, no me gusta en absoluto. Es decir, Evan es un hombre muy atractivo, pero no pienso en él de forma romántica.

—Oh, Amy, me rompes el corazón. —La voz de Evan les llegó desde detrás. Todas habían estado tan concentradas en lo que estaban diciendo que no lo habían visto llegar, y eso que Sophie lo tenía de cara.

Leslie y Sophie intentaron aguantarse la risa, sin mucho éxito. Amy, por su parte, se puso tan roja que iba a conjunto con el extintor de la pared.

—Uy, el móvil. A ver... —Amy sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y empezó a tocar la pantalla de forma teatral. Se notaba tanto que era fingido que Amy y Leslie volvieron a soltar una nueva carcajada—. Es Paul, me necesita en la cocina por un problema con el postre. Lo siento, chicos.

Se levantó como un resorte y, sin ni siquiera despedirse, salió disparada hacia la puerta de la cocina, donde casi chocó con una camarera que salía en aquel momento con unos platos en la mano.

Los tres estallaron en sonoras carcajadas de nuevo.

Cuando acabaron de cenar, Evan y Sophie decidieron que había llegado el momento de regresar a su casa. Leslie los acompañó fuera. Era una noche tranquila, aunque no se veían luna ni estrellas.

—Sophie, ¿podemos hablar un momento?

Sophie miró a Leslie con curiosidad y afirmó con un movimiento de cabeza.

—Te espero en el coche —dijo Evan, sonriente, dirigiéndose hacia el vehículo a varios metros de distancia.

Sophie y Leslie se quedaron unos segundos en silencio, con la mirada fija en aquel cielo sin luna. Aquella noche aún no nevaba, pero Sophie estaba convencida de que empezaría a hacerlo de un momento al otro.

—Gracias —dijo Leslie, bajando la mirada del cielo para dirigirla hacia los ojos de su amiga—. Por todo.

Sophie también la miró.

—No tienes que agradecerme nada, Leslie, lo hago encantada.

—Nos estás ayudando mucho pese a que en un principio te comportaste conmigo como una imbécil.

Sophie sonrió y se encogió de hombros.

—Te comportaste como una imbécil conmigo, sí, pero me lo merecía. Leslie yo... —Sophie se mordió el labio y buscó las palabras que parecían atragantarse en su garganta—. Nunca me perdonaré lo que hice, no estar contigo cuando más lo necesitaba.

—Te he echado mucho de menos —murmuró Leslie, tocándose el colgante de la estrella fugaz que colgaba de su cuello como acto reflejo.

Sophie sintió que la emoción le picaba en el pecho.

—Yo también, Leslie... Quizás no lo sabía cuando estaba en Nueva York, porque me pasaba el día trabajando y persiguiendo objetivos que me

parecían más importantes que mi propia vida. Pero ahora... Es como si hubiera despertado de un sueño pesado y agobiante y las prioridades hubieran cambiado.

Se quedaron en silencio, hasta que Leslie se atrevió a preguntar:

—¿Volverás a irte?

No fue fácil responder a esa pregunta. Sophie se mordió el labio inferior sin saber muy bien que decir.

—La verdad es que no lo sé. Ahora mismo aún no tengo muy claro que pasará en mi futuro. Pero sé que, pase lo que pase, quiero que Amy y tú forméis parte de él.

Aquella respuesta satisfizo a Leslie que le dedicó una sonrisa.

Siguieron mirando aquel cielo sin luna un rato más, hasta que Evan tocó el claxon y Sophie se despidió de Leslie corriendo hasta el coche.

Capítulo 15

Al día siguiente, Sophie acompañó a su madre hasta Montpellier, la capital de Vermont, para hacerse la primera ecografía y comprobar que el bebé estaba bien.

El trayecto de una hora pareció mucho más largo con los silencios tensos que las envolvía. Y es que Sophie había intentado convencer a su madre para que le explicara a Joe lo del embarazo. O a Evan, quien seguía asustado por el malestar crónico que parecía sufrir su madre desde hacía semanas. Sin embargo, ella seguía negándose en redondo.

La visita con el ginecólogo fue puntual y la ecografía mostró que el bebé estaba perfecto. Le dieron la copia de la eco, hablaron un poco sobre las pruebas que debería hacerse durante las siguientes semanas para cerciorarse de que todo iba bien, sobre todo al tratarse de un embarazo de riesgo por culpa de la edad, y regresaron a Snow Bridge.

Sophie dejó a su madre en la pastelería y ella decidió regresar a casa, coger el portátil y trabajar un rato en la cafetería de Joe. Había esquivado un poco el café esas últimas semanas, pero quería demasiado a Joe como para seguir evitando ir ahí porque su madre fuera una tozuda.

Nada más entrar en la cafetería Joe la abordó.

—¿Cómo está tu madre?

—Pues...

—Me han dicho que no tiene muy buen aspecto estos días...—Parecía realmente preocupado.

—Está bien. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Intenté hablar con ella el otro día. Fui a verla a la pastelería, pero cuando entré y me vio se escondió en la trastienda.

«Muy maduro, mamá», pensó Sophie forzando una sonrisa.

—Mamá está bien, de verdad. Dale tiempo y ella misma te explicará lo que le ocurre.

Joe la miró con desconfianza, pero no le preguntó nada más.

Anotó la hamburguesa y el café que Sophie le pidió y se sentó en una de las mesas libres. Encendió el portátil, puso la clave del wifi y empezó a trabajar.

Se comió la hamburguesa mientras trabajaba. Le gustó hacerlo viendo Snow Bridge desde los grandes ventanales de la cafetería. Además, desde ahí tenía una vista privilegiada de la plaza central, el cenador y la gente que iba de un lado al otro con paso tranquilo y sin prisas.

A media tarde, la puerta de la cafetería se abrió. Sophie no reparó en Gilbert hasta que este se sentó en la mesa de enfrente. Sus miradas se cruzaron y, cuando esto ocurrió, el tiempo pareció ralentizarse.

Sophie seguía molesta por la actitud de Gilbert la otra noche. Era

consciente del daño que le había hecho en el pasado, pero eso no le daba derecho a tratarla cómo lo había hecho.

Aquella última semana la tensión entre ellos parecía haberse rebajado. Ya no la miraba con desprecio siempre que se encontraban, aunque estaba claro que su presencia no le hacía feliz. Lo que sí le había quedado claro era que Amy tenía razón: no quedaba nada de ese chico alegre y sonriente que le enamoró en el pasado.

Rompieron el contacto visual cuando Joe se acercó a Gilbert para tomarle nota.

Sophie intentó seguir trabajando como si Gilbert no existiera, pero era difícil hacerlo cuando sentía su mirada clavada en ella con intensidad.

Y entonces, le vio ponerse de pie y sentarse en su mesa. Sophie parpadeó confusa, cerró el portátil y le miró con el ceño fruncido.

—Si has venido para pedirme otra vez que me vaya, siento decirte que pierdes el tiempo.

—No he venido por eso.

Aquella respuesta la descolocó.

—¿Y a qué has venido?

—A proponerte una tregua.

—¿Una... tregua?

Sophie no se podía creer que hablara en serio. Después de su actitud

durante todas aquellas semanas, no podía creerle.

—Mira, este pueblo es muy pequeño, y si vas a quedarte un tiempo por aquí y vamos a tener que vernos a diario, prefiero que nos llevemos bien. Además, mañana seguro que has quedado con las chicas en Snowflakes, y es una mierda no poder acercarme a ellas por ti.

Sophie soltó un suspiro. Le dolía que le hablara como si ella no importara. Aun así, pensó que aquello era un comienzo. Un pasito más a poder verse sin que la tensión acabara haciéndose irrespirable.

—De acuerdo, acepto la tregua.

—Bien.

—Bien.

Gilbert tamborileó los dedos sobre la mesa y apartó la mirada hacia el exterior. Había empezado a nevar de nuevo, y unos copos pequeñitos danzaban con lentitud.

—Oye, ¿qué vas a hacer ahora? —Sophie arqueó una ceja para darle a entender que no entendía la pregunta. Añadió—: Hoy es jueves, la reunión semanal del pueblo, ¿te apetece ir?

—¿Hablas en serio? —preguntó Sophie entre divertida y asombrada por aquella proposición.

—Claro, es una buena manera de iniciar esta tregua. —Le dedicó una pequeña sonrisa y por un momento le pareció ver al Gilbert de antaño—. Joe,

¿nos pones unos donuts para llevar?

Joe levantó una mano indicando que tomaba nota del pedido, Gilbert volvió a sonreír a Sophie y esta le devolvió la sonrisa. Llevarse unos donuts para disfrutar la reunión del pueblo en todo su esplendor era lo que hacían de adolescentes, cuando la vida parecía aún un mundo lleno de posibilidades por descubrir.

Capítulo 16

El viernes por la tarde, Sophie entró en el pub Snowflakes con una sonrisa dibujada en su rostro. El día anterior, ella y Gilbert habían pasado un buen rato juntos en la reunión del pueblo. Comieron donuts a escondidas del concejal gruñón que hablaba desde el atril, y escucharon las ideas y venidas de sus conciudadanos, que ya estaban empezando a preparar la decoración navideña. Después de compartir un rato de lo más divertido juntos, cada uno había regresado a su casa, y por primera vez desde su llegada, Sophie tuvo la sensación de que las cosas poco a poco regresaban a su sitio. Amy había tenido razón. Quedarse era la única manera de arreglar las cosas. O no arreglarlas, porque hay cosas que no se pueden reparar. Pero sí de resarcirse de sus errores y empezar de cero.

Aquel viernes, el pub estaba bastante lleno. Barrió el local con la mirada y reconoció a sus amigas sentadas ya en una de las mesas. No se encontró a Gilbert por ninguna parte, y aquello le decepcionó un poco, porque la noche anterior él le había dicho que se pasaría por ahí.

Sophie se acercó a las chicas y se sentó junto a ellas. Kyle se acercó poco después para tomarle nota. Pidió una cerveza.

—Marchando, ¿y vosotras queréis algo más? —preguntó a Amy y Leslie con una sonrisa.

—Que te cortes el pelo, ya empiezas a tenerlo demasiado largo, ¿no? — preguntó Leslie maliciosa.

Kyle le dedicó una mirada irónica.

—Bueno, por suerte lo que opines tú sobre mi pelo me importa bastante poco, así que si no queréis nada más para beber... —paseó su mirada de nuevo y al captar la negativa se marchó.

—¿Por qué eres tan borde con él? —preguntó Sophie en un susurro. La actitud de su amiga le había parecido muy desagradable teniendo en cuenta que él había sido cortés en todo momento.

—No me cae bien —masculló esta, mordiéndose la uña del dedo meñique.

—Pero si es un encanto. —Sophie desvió su mirada hacia Kyle, que en aquel momento se encontraba detrás de la barra.

—¿Un encanto? Eso es porque no lo conoces. —Leslie se cruzó de brazos.

—Oh, venga, lo que pasa es que sigues sin perdonarle lo que pasó entre vosotros —intervino Amy.

Leslie le atravesó con la mirada.

—Amy, cierra el pico.

Pero Amy la ignoró y siguió hablando.

—Leslie se colgó de Kyle cuando llegó nuevo en el pueblo. De hecho, se

pasaban todo el día tonteando y salieron juntos alguna vez. En el pueblo hacían hasta apuestas sobre cuánto tiempo tardarían en hacer oficial lo suyo. Pero entonces, apareció ella.

—¿Ella? —A Sophie toda aquella historia le parecía el argumento perfecto para una novela romántica, como las que Amy coleccionaba, amante como era del género.

—Su novia —explicó Leslie—. Esa es toda la historia. Resulta que el muy gañán estuvo coqueteando conmigo cuando resulta que tenía una novia perfecta esperándole en Burlington. Me sentí... estafada, pero lo peor de todo es que no le pude recriminar nada porque entre nosotros no llegó a pasar nada, pero yo me sentí... engañada.

—¿Y qué pasó con ella? —preguntó Sophie, sorprendida, porque durante aquellas semanas no había visto a Kyle con ninguna chica.

—No lo sé ni me importa. —Leslie dio por zanjadas las explicaciones.

—Lo siento, Leslie. —Sophie hizo un mohín.

—Hace años de aquello, ya no importa, no pienso en él de esa manera, pero tampoco me apetece ser simpática.

Al ver la expresión sombría de Leslie, Sophie dejó el tema. Hablaron sobre la posada, sobre la página web, las redes sociales que ya empezaban a funcionar y los directorios de hoteles, que le habían mandado un mensaje diciendo que en unas 36-48 horas darían de alta sus fichas en los portales

digitales. Todo aquello eran buenas noticias para ellas, porque eso significaría que podrían llegar a mucha más gente.

Conversaban de forma destendida, cuando Gilbert entró en Snowflakes. La mirada de Sophie se iluminó al verle y le dedicó una sonrisa, pero esta se quedó congelada cuando descubrió que Gilbert no iba solo, la chica rubia del otro día estaba con él.

Intentó disimular el sentimiento punzante que le atravesó el pecho al verla. Al fin y al cabo, sabía que no tenía ningún derecho a sentirse de aquella manera, decepcionada y desilusionada, al fin y al cabo, que la tarde anterior firmaran una tregua no significaba que nada hubiera cambiado entre ellos. Él ahora tenía otra chica, una chica preciosa de mirada muy viva y pelo aleonado.

Leslie levantó la mano y les invitó a sentarse con ellas. Gilbert dudó, pero finalmente aceptó, les presentó a su acompañante, Candy, y se unieron a su mesa.

Candy parecía una chica dulce y divertida, quizás un poco demasiado parlanchina para su gusto, pero tuvo que confesar que se esforzó por ser simpática y encajar en el grupo. Sin embargo, cada vez que la mano de ella buscaba la de Gilbert sobre la mesa, o le tocaba con cariño el brazo o el rostro, Sophie no podía evitar sentir los celos correr por sus venas como lava. No tenía sentido, lo sabía, ¿celos? Gilbert y ella no eran nada, de hecho, aún

estaban intentando volver a ser amigos, pero era incapaz de desatar el nudo que había empezado a apretarse en la boca de su estómago.

La noche siguió su curso. Bebieron y hablaron, y cuando ya empezó a hacerse tarde, aprovechando que Gilbert se había ido un momento al baño, decidió marcharse a casa. Le pidió a Candy que le despidiera de Gilbert por ella, cogió el abrigo y salió del local. Necesitaba tumbarse en la cama y pensar en todos los sentimientos encontrados que nadaban en su tripa sin que pudiera hacer nada por contenerlos.

Al salir a la calle, la nieve le recibió en pequeños copos. Se apretó la bufanda y se colocó los guantes, encaminando el paso hacia su casa. Pero entonces, cuando ya había llegado hasta la plaza central, escuchó una voz llamándola en la lejanía. Una voz que reconoció de inmediato.

Era Gilbert.

Se giró y lo vio correr hacia su dirección. Se había puesto el abrigo y una nube de vaho salió de su boca al hablar:

—Te acompaño.

—Pero... —Miró hacia la puerta del local que irradiaba una suave luz anaranjada del interior—. ¿Y Candy?

—Seguirá ahí cuando vuelva.

Le sonrió y su sonrisa le calentó por dentro.

Echaron a andar en silencio por las calles, con los copos de nieve

cubriendo sus abrigos y gorros de lana.

—Se me había olvidado —dijo Sophie, abriendo los puños para recibir la nieve sobre sus guantes.

—¿El qué?

—Lo mucho que me gustaba Snow Bridge. Lo mucho que me gustaba la nieve. Echaba de menos vivir en un sitio con una media de 90 días de nieve al año.

Gilbert la miró con una sonrisa que le llegó a los ojos.

—Para mí siempre serás la chica que perseguía copos de nieve con sus guantes de colores y sus sonrisas interminables.

Se miraron y se dedicaron una de esas sonrisas silenciosas que hablan de recuerdos y de momentos felices compartidos. La imagen de una Sophie y un Gilbert adolescentes corriendo por las calles del pueblo cogiendo los primeros copos de nieve de la temporada, con aquellos guantes de colores que ella siempre llevaba y que tanto le gustaban, ocupó su mente.

Ya no sabía dónde tenía esos guantes.

Caminaron en silencio un rato más, hasta que llegaron a su destino y se detuvieron. Se quedaron un par de minutos sin ser capaces de decir ni hacer nada, mirándose de reojo, como se miran dos personas tras una primera cita que ha ido bien y no saben cómo despedirse.

—Bueno... —Sophie decidió que era el momento de irse, no podía

alargar más aquel momento—. Gracias por acompañarme, Gilbert, no era necesario.

—Pero me apetecía hacerlo.

En aquel momento, un copo de nieve cayó sobre la nariz de Sophie. Gilbert se acercó para retirarla. Lo hizo con suavidad, acariciando la piel de su nariz con el dedo pulgar enguantado. Mientras llevaba a cabo aquel gesto tan íntimo, ambos quedaron enredados en una mirada intensa y profunda, sus respiraciones se entremezclaron y, cuando quisieron darse cuenta, sus rostros se acercaron hasta que sus labios acabaron encajando.

Solo fue un roce suave que duró apenas unos segundos. Un roce suave de dos labios congelados bajo la nieve.

Cuando Gilbert fue consciente de lo que hacía, se separó casi como si hubiera tocado una superficie ardiendo, tragó saliva y dio unos pasos hacia atrás.

Sus ojos color miel parecían haberse oscurecido y los músculos de su rostro se tensaron. Ni siquiera se despidió, solo le echó una última mirada antes de dar la vuelta y salir corriendo en dirección contraria.

Capítulo 17

El Día de Acción de Gracias, Snow Bridge amaneció ataviado con la decoración navideña. Los aldeanos se habían pasado toda la noche decorando con mimo los comercios, las calles, árboles y la plaza central con guirnaldas de luces, muérdago, figuritas navideñas y acebo, algo que, junto a la nieve, daba al pueblo un aspecto que parecía sacado de una postal navideña.

Aquella mañana, Sophie fue hasta la posada bien temprano. La página web ya estaba terminada y solo le faltaba apretar un botón para que se pusiera en funcionamiento. También hacía unas horas que Snow Home ya podía reservarse desde los portales más importantes de hostelería, y Sophie tenía tantas ganas de que aquello saliera bien y consiguiera ayudar a sus amigas, que apenas pudo dormir en toda la noche.

Dejó el coche aparcado fuera, entró en el hotel y se encontró a Olivia y Leslie en recepción. Leslie le hizo pasar al despacho y esperaron hasta que Amy, que estaba preparando el menú para la cena, llegara.

Lo hizo con el delantal y el gorro de cocina aún puestos.

—¿Estáis preparadas? —preguntó Sophie, mostrándoles la página web en la pantalla del portátil—. En cuanto quite el modo de mantenimiento, será accesible para todo el mundo. Cualquier persona, desde cualquier punto de planeta, podrá conocer la posada en un solo clic.

—Estamos preparadas, aprieta el maldito botón —exigió Leslie entre risas nerviosas.

Sophie obedeció y, cuando Amy entró en la web desde el navegador de su móvil y vio que se veía perfectamente, las tres empezaron a dar saltitos cogidas las unas a las otras como niñas pequeñas.

Aquella tarde Sophie decidió volver a la cafetería de Joe. Aún quedaba trabajo por hacer y, además, debía plantearse su futuro. Estaba claro que no podía seguir viviendo en casa de su madre sin trabajar durante mucho tiempo más. Y para ser sincera consigo misma, no tenía muy claro que camino seguir.

Cuando decidió quedarse en Nueva York tenía claro que era aquello lo que tenía que hacer, pero ahora que había vuelto a Snow Bridge y que la vida tranquila del pueblo le había seducido de nuevo, era un mar de dudas.

Su futuro era un gran lienzo en blanco.

Así que aquella tarde, además de comprobar algunas cuestiones de la posada, decidió visitar algún portal de empleo para ver las ofertas disponibles. Estuvo mirando algunas en Nueva York, pero enseguida cambió la localización a Vermont. Sabía que no encontraría nada de lo suyo en Snow Bridge, pero confiaba en que hubiera alguna oferta en alguna de las ciudades más pobladas de la zona.

Estaba mirando una de esas ofertas, cuando Gilbert entró en la cafetería.

Sophie enrojeció al instante, porque desde el viernes anterior no habían vuelto a coincidir. Y el recuerdo de aquel beso bajo la nieve seguía ocupando sus pensamientos a menudo.

Al verla, Gilbert también pareció un poco cortado. Estuvo a punto de sentarse en otra mesa, pero en el último momento cambió de idea y se sentó en la suya.

—Hola —le saludó con una sonrisa comedida en los labios.

—Hola...

El saludo quedó flotando entre ellos junto a algo tan denso que podía cortarse con un cuchillo.

—Sophie, yo... —empezó a decir Gilbert

—Deberíamos olvidar lo que pasó el otro día —se adelantó Sophie. Gilbert le miró con las cejas alzadas y Sophie añadió—: No es necesario que le demos importancia a lo ocurrido. Yo sé que estás con Candy y... Bueno, no tuvo importancia.

—Ahm... ya.

—Lo que quiero decir es que parece que las cosas vuelven a ir bien entre nosotros dos y no quiero estropearlo por un beso dado en un momento de confusión.

Gilbert tardó en hablar. Joe tuvo tiempo de servirle un café y de rellenar la taza de Sophie antes de que sus labios se despegaran.

—Supongo que tienes razón.

—Me encantaría que pudiéramos ser amigos, Gilbert.

Sophie le dedicó una sonrisa sincera y Gilbert no pudo más que devolvérsela, aunque se quedó con las ganas de añadir a esa sonrisa muchas palabras más que decidió guardar en una cajita hasta que llegara el momento oportuno para decirlas en voz alta.

Aquella tarde, cuando Sophie regresó a casa, se encontró a su madre hecha un ovillo en el sofá. Se había quedado dormida con la luz encendida y tenía muy mal aspecto. Seguía sin querer hablar a nadie de su embarazo, pero sabía que en el fondo ya había tomado la decisión de tener el niño o la niña.

La tapó con una manta de cuadros escoceses que encontró sobre el sillón y se fue a la cocina, dónde se preparó un té. Sus pensamientos volaron hacia Gilbert, hacia su futuro, hacia todas esas preguntas sin respuesta que le perseguían.

Capítulo 18

A Sophie siempre le había gustado su trabajo. Era buena en lo suyo y lo sabía, pero nunca sintió una satisfacción más grande que la del día en el que Leslie le llamó emocionada porque habían tenido su primera reserva online. Sintió que el pecho se le hinchaba como un globo y que era capaz de levitar de felicidad.

Aquella no fue la única reserva que tuvieron. De hecho, al llegar el viernes, habían conseguido alquilar las siete habitaciones disponibles para el siguiente fin de semana, incluso la del granero, que era la más cara de todas y que aún no habían podido estrenar.

Amy y Leslie estaban tan contentas con los avances del negocio, que aquella noche lo celebraron en Snowflakes con Sophie por todo lo alto.

Aquella semana también fue especial para Sophie por otro motivo, y es que Gilbert y ella habían coincidido todas las tardes sin falta en la cafetería de Joe. Quizás más que una coincidencia había sido un acuerdo tácito entre ambos, pero el caso es que empezaron a compartir sus tardes con cafés y charlas distendidas.

Así fue como Sophie descubrió que Gilbert era un profesor apasionado que se preocupaba por sus alumnos. Le habló de las clases, de los chicos a los que había enseñado años anteriores y que estaban estudiando literatura

gracias a él. Cuando hablaba de ello, sus ojos brillaban y su sonrisa volvía a aparecer en la cara, recuperando la expresión relajada que ella recordaba.

Sophie y Gilbert habían empezado a conectar de nuevo, y no solo como amigos, había algo más vibrando entre ellos. Algo que no tenía que estar ahí, pero que estaba y era tan evidente que era imposible ignorarlo, sobre todo cuando ese maldito cosquilleo hizo acto de aparición. Ese cosquilleo que le golpeaba la boca del estómago cuando Gilbert le sonreía, elevándola en una nube de purpurina y corazones.

El caso es que la vida de Sophie había dado un giro de 180°. Pasó de ser una publicista despiadada que apenas dormía y que había relegado su vida personal a un segundo plano, a una chica que volvió a enamorarse del modo de vida tranquilo y sencillo de Snow Bridge.

Tener el calor de su familia al llegar a casa, recuperar a sus amigas, conectar con Gilbert... Sophie no recordaba la última vez que se había sentido de aquella manera, tan plena, tan llena de cosas bonitas.



Sophie cumplía años la primera semana de diciembre. Cayó en sábado. Hacía tiempo que no celebraba un aniversario, pero aquella vez fue distinto. No porque ella lo decidiera, sino porque todo el mundo a su alrededor quería

celebrarlo. Quedó con su madre y Evan para comer, y por la noche decidió salir con las chicas en el pub de Kyle. También había invitado a Gilbert en uno de sus encuentros en el café de Joe, haciendo extensiva su invitación a Candy.

—Eso sería un poco incómodo —le había dicho él, escondiendo una sonrisa tras la enorme taza de café.

—¿Por qué?

—Porque Candy y yo ya no estamos juntos.

Así que aquel cumpleaños se presentaba mucho más interesante de lo esperado. Iba a pasarlo bien junto a sus amigas y junto aquel chico que seguía despertando en ella sentimientos que mantenía reprimidos.

Aquella noche, antes de salir, se pasó mucho rato decidiendo qué ponerse frente al espejo alargado de su habitación. Sacó un montón de ropa que fue dejando amontonada sobre la cama y, al final, optó por ponerse un vestido granate calentito y cómodo, acompañado por unos leotardos negros y unas botas con forro de pelo.

Entró en Snowflakes sobre las ocho de la noche y, nada más verla, Amy y Leslie se le tiraron encima. Gilbert se le acercó después, y ambos se quedaron parados sin saber muy bien cómo saludarse. No pudieron pensarlo mucho, porque las chicas los arrastraron hasta la mesa que habían decorado con unos globos y sobre la cual aguardaba una tarta de chocolate de la

pastelería de su madre.

Mientras se sentaban en la mesa, Amy encendió las velas.

—Tienes que pedir un deseo. —Le recordó Leslie, guiñándole un ojo.

Contemplando la forma en la que sus amigos le miraban, expectantes y contentos por ella, Sophie se dio cuenta de que en aquel momento tenía todo lo que quería. Solo le faltaba una cosa...

Miró a Gilbert antes de coger aire y soplar.

—Y ahora los regalos. —Amy parecía muy excitada con todo aquello. Le tendió una cajita rectangular y se sonrojó un poco al dársela—. No es gran cosa, ya sabes que mi economía no está pasando por el mejor momento.

—No tenías que regalarme nada. —Sophie abrió la cajita y descubrió en su interior unas galletas colocadas en fila. Cogió una y sonrió, eran galletas con su cara, y cada una de ellas mostraba una emoción facial, como si fueran emoticonos—. ¡Amy, me encantan!

Cerró la caja y abrazó a su amiga que le devolvió el abrazo emocionada.

Leslie fue la siguiente en darle su regalo. Le tendió un paquete envuelto con un papel de estrellitas muy bonito que Sophie desenvolvió rápido. Era una foto de Amy, Leslie y ella en una de las veces que habían ido a Snowflakes esas últimas semanas.

—Gracias por volver a nuestras vidas.

La emoción palpitó en el pecho de Sophie, y más palpitó aun cuando

Gilbert le tendió un paquetito envuelto con papel de periódico. Le hizo gracia comprobar que seguía envolviendo los regalos con ese tipo de papel. Desenvolvió el regalo y soltó una exclamación de sorpresa cuando descubrió unos guantes de colores a rayas.

—¡Son idénticos a los que tenía! —vociferó sosteniéndolos feliz entre las manos.

Sus ojos brillaron y Gilbert sonrió.

—Del color del arcoíris, para que vuelvas a perseguir copos de nieve entre sonrisas interminables.

—Gilbert...—susurró notando como un cosquilleo se mecía en su estómago, como el que se siente en el despegue de un avión.

Amy y Leslie sonrieron perspicaces, porque en aquel momento, la expresión de «el amor está en el aire», era más apropiada que nunca.

—Nosotras tenemos otro regalo que hacerte —dijo Amy, sacando de su bolso una caja pequeña.

Amy miró a Leslie que afirmó con un asentimiento de cabeza y le dio la caja.

—Chicas, no teníais que regalarme nada más, de verdad que no era... — No terminó la frase. Se quedó muda al ver lo que había dentro—: ¿Una llave?

Se trataba de una llave muy antigua, dorada y pesada, con muescas evidentes del paso del tiempo en ella. Amy y Leslie intercambiaron una

mirada divertida antes de que Leslie empezara a hablar.

—Desde hace una semana no hemos parado de recibir solicitudes de reservas a diario, y todo ha sido gracias a tu ayuda, así que hace un par de días, Amy y yo estuvimos hablando sobre la posibilidad de que te unieras al equipo y te encargaras de la promoción de la posada.

—¿Queréis que trabaje para vosotras? —preguntó sorprendida por la propuesta.

—No —respondió Amy apretando su mano con cariño—. Queremos que trabajes con nosotros.

—No entiendo... —susurró mirándolas con el ceño fruncido.

—Nos gustaría que fueras nuestra socia —aclaró Leslie sonriente.

—¿Vuestra... socia? —Sophie tragó saliva con dificultad, incapaz de creerse aquella oferta.

Leslie se tocó el colgante con la estrella fugaz y sonrió confiada.

—Abrir una posada era el sueño de las tres, por eso, si quieres y decides quedarte, nos gustaría que formaras parte de él. Creemos que juntas el negocio podría mejorar aún más. Es cierto que no ganaremos mucho por ahora, porque tenemos que pagar muchas deudas atrasadas, pero esperamos que pronto se estabilice la situación y empecemos a tener beneficios.

—La llave es la original de la casa, la que nos dieron cuando la compramos —explicó Amy.

—No hace falta que nos des una respuesta ahora, puedes pensarlo y hacerlo más adelante.

Sophie miró la llave que sostenía entre las manos y sintió que aquella llave era una metáfora de su propia vida. Acababa de encontrar la llave que daría sentido a todo su mundo.

—Chicas, no necesito pensarlo. Claro que quiero ser vuestra socia en la posada.

Amy y Leslie celebraron su decisión pidiendo a Kyle una botella de champagne que se bebieron los cuatros entre sonrisas.

Siguieron en la mesa un buen rato hasta que, algo achispados por el alcohol, decidieron ir al centro de la pista y empezar a bailar al ritmo de la música. Kyle había hecho una buena selección de música rock y movieron sus cuerpos al son de las canciones.

Al principio, empezaron bailando en grupo, los cuatro juntos, pero poco a poco Gilbert y Sophie empezaron a bailar cada vez más pegados, hasta que él le cogió de las caderas y ella le rodeó los hombros con los brazos.

Sophie vio como Leslie y Amy los miraban con picardía y desaparecían de su lado para darles intimidad.

Así que Sophie y Gilbert se pasaron la noche bailando, mirándose a los ojos, dejando que sus miradas pusieran palabras a lo que sentían.

Fue una noche bonita, en la que Sophie se dejó arrullar por los brazos del

que siempre consideraría el hombre de su vida. Pasara el tiempo que pasara, existieran otros hombres y otras mujeres en sus vidas, ambos siempre se pertenecerían al uno al otro porque formaban parte de sus raíces, de las personas en las que se habían convertido.

Cuando Snowflakes cerró, salieron todos juntos del pub.

Fuera, la noche era tranquila. No nevaba, aunque hacía mucho frío. Amy y Leslie se marcharon y Gilbert y Sophie se quedaron solos enfrente del pub ya cerrado.

Sophie se puso los guantes de colores que Gilbert le había regalado y echaron a andar sin rumbo fijo por las calles de Snow Bridge iluminadas por las farolas y las guirnaldas de luces navideñas.

—Estaba pensando... ¿te apetece que tomemos algo antes de regresar a casa?

Sophie le miró sorprendida, le dedicó una sonrisa comedida y contempló las calles vacías de la ciudad.

—Creo que no encontraremos nada abierto a estas horas.

—Es verdad. —Gilbert empezó a palmearse las manos, visiblemente nervioso—. Aunque quizás podríamos ir a mi apartamento. Está cerca de aquí. Podría prepara un café... si quieres.

—Creo que no hay nada que me apetezca más en este momento.

Tal como Gilbert había dicho, su apartamento estaba muy cerca de donde

se encontraban. Estaba situado en un edificio de pocas plantas sin ascensor.

A Sophie su piso le pareció muy bonito. Era pequeño, acogedor y, aunque no tenía muchos muebles ni muchos adornos, le pareció funcional y práctico.

Sophie se sentó en el sofá mullido de color verde oliva y Gilbert preparó dos tazas de café que dejó sobre la mesita de centro.

—Bueno, parece que al final te quedas en Snow Bridge.

—Sí... Eso parece.

Ambos se mostraban nerviosos. Era la primera vez que estaban solos. Habían compartido muchos cafés en la cafetería de Joe, pero aquello era diferente. Nadie les observaba.

—Dime, Sophie, ¿qué ocurrió en tu antiguo trabajo? Nunca quieres hablar sobre ello.

Sophie dio un trago de café y meditó sobre la respuesta. Finalmente, decidió sincerarse.

—Estos últimos años en Nueva York empecé a llevar una vida muy estresante. Me pasaba el día en el trabajo y apenas dormía unas horas por la noche. Había días en las que solo me acostaba un par de horas en el sofá que tenía en mi despacho. Era adicta al trabajo y supongo que al final aquel modo de vida acabó pasándome factura. El caso es que me dieron una cuenta importante. Yo tenía que diseñar la campaña de publicidad y le puse muchas

ganas. Aquella semana en cuestión apenas dormí. Sobrevivía a base de cafés y de unas pastillas que me ayudaban a estar despierta. Y llegó el día de la presentación del proyecto... y al cliente no le gustó nada mi propuesta. Yo había intentado captar todo lo que me habían pedido, pero los clientes no solo descalificaron mi trabajo, sino que me despreciaron a mí de forma personal llamándome inepta. Y exploté, Gilbert. Exploté a lo grande. Empecé a gritar, a romper los papeles del informe y a insultarles. Incluso volqué una mesa y tiré el proyector. Mi jefe tuvo que llamar a los de seguridad para que me sacaran de la sala de reuniones a la fuerza.

Gilbert no dijo nada, la escuchaba en silencio, acariciando su brazo con suavidad.

—Fue horrible, de verdad. Me despidió ese mismo día, cuando conseguí tranquilizarme. Es la primera vez que me pasa algo así, y cuando pienso en aquello soy incapaz de identificarme con esa persona, es como si me hubieran poseído y recordara los hechos como si estuviera viéndolo todo desde fuera de mi cuerpo.

—¿Por eso volviste?

—Sí... Fui a ver a una terapeuta, le expliqué lo que había ocurrido y me recomendó descansar una temporada. Dijo que no podía seguir manteniendo ese ritmo de vida, que necesitaba desconectar para reorientar mis prioridades, y eso hice.

—¿Y crees que te ha servido?

—Hacía tiempo que no me sentía tan yo misma —dijo a modo de respuesta.

Se miraron y Sophie sintió como un estremecimiento le recorría desde los dedos de los pies hasta la raíz del cabello.

Gilbert empezó a acariciarle el rostro, dibujando sus facciones con la yema de los dedos.

—¿Por qué? —preguntó, acercando su rostro al suyo hasta que sus respiraciones se entremezclaron.

—¿Por qué qué? —preguntó ella, incapaz de entender su pregunta.

—¿Por qué sigues en mi corazón con la de veces que he intentado sacarte fuera?

Sophie tragó saliva con dificultad. Era como si acabara de tragarse un puñado de arena.

—Por la misma razón que tu siempre has estado en el mío.

Aquella confesión hizo que el corazón de Gilbert latiera con más rapidez. A Sophie le empezaron a sudar las manos y las pulsaciones se le aceleraron cuando él se inclinó un poco más y al fin sus labios encajaron.

Fue un beso dulce, un beso tierno, uno de esos besos que empiezan calmados y aumentan de intensidad con cada roce. Las manos de Gilbert se perdieron en el cabello rubio de Sophie, atrayéndola más a él, haciéndola

consciente de su necesidad. Sophie abrió la boca y entonces el beso se convirtió en una vorágine de pasión y de deseo. Sus lenguas se enredaron y se entregaron a un baile cada vez más rápido y demandante. Solo se separaban para coger aire y volver a enredarse en un nuevo beso.

Gilbert empezó a besar su oreja, su clavícula, y sus manos empezaron a trepar bajo la falda en busca de piel para explorar. Sophie sintió que sus pezones se endurecían y que un calor líquido se extendía entre sus muslos.

—Gilbert —susurró ella prácticamente fuera de sí, con el deseo dominando cada uno de sus movimientos.

—Dime —respondió él contra su boca.

—Hace mucho tiempo que yo no... —no se atrevió a acabar la frase y él congeló sus movimientos de golpe para mirarla.

—¿Qué intentas decirme?

—Hace mucho tiempo que yo no ... ya sabes... que no mantengo relaciones sexuales.

Gilbert frunció el ceño.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

—Desde la última vez que nos vimos.

Aquellas palabras sorprendieron a Gilbert que fue incapaz de reaccionar a todo lo que aquello significaba. Porque hacía más de siete años desde su último encuentro entre las sábanas.

—Pero ¿por qué?

—Nunca he sentido la necesidad. Yo... cuando lo dejamos renuncié al amor, y dejé de interesarme por los hombres y el sexo. Es decir... claro que he tenido mis necesidades, pero las he cubierto yo solita. —Notó como los colores ascendían por sus mejillas y se tapó la cara con uno de los cojines del sofá—. Por Dios, que vergüenza.

—Eh, nena, no sientas vergüenza —Gilbert apartó el cojín y le miró con ternura—. No pasa nada, es decir, me sorprende que no hayas, ya sabes, estado con nadie más después de mí, pero a la vez... me gusta que la idea. Siento no haber hecho lo mismo.

Sophie le escrutó con la mirada aún avergonzada.

—No tienes por qué sentir nada, Gilbert, eras un hombre libre y sin compromisos.

—Pero solo era sexo. Sexo y nada más. Contigo siempre fue otra cosa.

Sus miradas quedaron conectadas por un hilo invisible. Ambos sabían muy bien que era lo que hacía que lo suyo fuera diferente. Complicidad, conexión, feeling.

—Vayamos despacio, ¿quieres? —dijo Gilbert de golpe, separándose un poco de ella.

Sophie pudo ver una erección más que evidente en su entrepierna.

—¿Estás seguro? Yo quiero...

—Y yo, pero no ahora. Poco a poco.

Sophie estuvo de acuerdo con aquello, se sentía nerviosa por si después de tanto tiempo había olvidado cómo se hacía, por mucho que todo el mundo dijera que hacer el amor era como montar en bicicleta, ella no las tenía todas consigo.

—Aunque eso no significa que no podamos enrollarnos un poco más. — Gilbert le dedicó una sonrisa de esas que iluminaban toda su cara y Sophie no pudo evitar lanzarse a sus brazos y juntar sus labios contra los suyos.

Aquella noche se besaron durante mucho, mucho rato más.

Capítulo 19

Faltaban dos semanas para Navidad y Gilbert tenía ganas de empezar las vacaciones de invierno en el instituto para pasar todo su tiempo con Sophie. Llevaban una semana viéndose a diario, compartiendo besos, abrazos y caricias íntimas sin llegar a derribar la última barrera, y se sentía pletórico y excitado como un adolescente con las hormonas revolucionadas.

Sophie y Gilbert habían decidido ir despacio, pero cada vez les era más difícil parar en el momento final. Gilbert había sabido captar los miedos y las inseguridades de Sophie, por ello le había dado tiempo necesario para coger confianza. Intentaba aliviar el dolor de huevos con mucho autoamor, pero había llegado un momento en el que eso ya no era suficiente. Quería más. Mucho más. La quería a ella.

—Una vez conocí a un tío al que se le pusieron los huevos tan azules a causa de los calentones que acabó teniendo que amputárselos —bromeó Kyle una noche que fue a verle al Snowflakes, conocedor de sus problemas.

—Ja, ja. Muy gracioso —dijo Gilbert, aunque eso era algo que él mismo había empezado a barajar como una posibilidad.

Sin embargo, aquello estaba a punto de terminar, porque aquella mañana, cuando miró el móvil entre clase y clase, vio el mensaje que Sophie le había mandado:

«¿Qué te parece si pasas a buscarme esta noche por casa y nos vamos a cenar a la tuya? Creo que ya estoy preparada para pasar al siguiente nivel». Como acompañamiento solo un emoticono de una mano tapándose la boca.

Aquella promesa le mantuvo ansioso y excitado toda la mañana. Tuvo que hacer acopio de voluntad para no perderse en sus propios pensamientos mientras impartía clase. Estaba seguro que empalmarse mientras hablaba de Shakespeare con sus alumnos debía ser motivo de suspensión.

Decidió preparar algo especial para aquella noche, emulando la noche que se acostaron por primera vez. Llenó la habitación de pétalos y velas y compró sushi para cenar. A las siete en punto se presentó a la puerta de su casa en su busca.

Llamó con los nudillos, pero nadie respondió. Empujó un poco la puerta y descubrió que estaba abierta, así que entró en la casa y siguió el sonido del rumor de una voz hasta llegar a la cocina.

Sophie estaba de espaldas a él, hablando por teléfono. Sonrió al verla tan bonita, con un vestido de color verde botella que se pegaba a su cuerpo a la perfección.

Tardó un poco en reparar en la conversación que estaba manteniendo por teléfono, pero al hacerlo, sintió cómo el corazón se le paralizaba.

—Sí que estoy interesada en la propuesta y estoy deseando volver a Nueva York y empezar. Sí, sí, ¿la semana que viene? No sé si lo tendré todo

listo para entonces, pero veré qué puedo hacer para agilizar los trámites.

Gilbert se quedó tan sorprendido con lo que acababa de escuchar que lo único que acertó a hacer fue dar media vuelta y salir corriendo de la casa. Sentía que el aire se le atascaba en los pulmones y no le dejaba respirar.

Sophie estaba hablando de volver a Nueva York. La misma Sophie que había aceptado la propuesta de Amy y Leslie, y la misma Sophie que le había prometido quedarse en Snow Bridge, acababa de decir que deseaba marcharse. No se lo podía creer. ¿Con quién estaría hablando? ¿Con alguien que le ofrecía trabajo?

¿Había estado riéndose de él todos aquellos días?

La rabia hirvió en sus venas y empezó a andar con paso rápido lejos de ahí. Necesitaba alejarse y pensar en lo que acababa de escuchar y lo que aquello significaba.

¿Sophie había vuelto a traicionarlo? ¿Por segunda vez?

Aquello sí que no se lo iba a perdonar nunca jamás.

Capítulo 20

Sophie volvió a mirar la hora en el reloj de pared y suspiró. Hacía más de una hora que Gilbert tenía que haber pasado a buscarla, pero no había aparecido. Aquello no era normal en él, además, no había cogido ninguna de sus llamadas ni había respondido a ninguno de sus mensajes. Sophie empezaba a estar preocupada, así que, cuando media hora más tarde aún no pudo contactar con él y la ansiedad empezó a apretarle la boca del estómago, decidió salir en su busca.

Aquella noche la nieve caía con fuerza. Se abrigó bien y se dirigió hacia su apartamento, pero nadie le respondió cuando llamó y aporreó la puerta. Extrañada por su ausencia, decidió acercarse a Snowflakes y preguntar por él. Kyle le aseguró que no lo había visto y que la avisaría si lo hacía.

Regresó a casa cuando las campanas de la iglesia de Snow Bridge anunciaron la medianoche. El temporal de nieve no tenía pinta de querer remitir y no sabía dónde más buscar. Además, Snow Bridge era un pueblo pequeño. En el hipotético caso de que a Gilbert le hubiera ocurrido algo malo, la noticia habría corrido como la pólvora. Por lo que estaba convencida de que si no daba señales de vida era por voluntad propia.

Cuando llegó a casa, su madre y su hermano aún estaban despiertos, preocupados por ella. Fuera, la nieve era cada vez más densa y espesa.

Sophie no durmió en toda la noche. No sabía que podía llevar a Gilbert a ignorar sus mensajes y llamadas. Aunque no era el único que parecía ignorarla, porque Amy y Leslie tampoco respondieron los mensajes en el grupo de WhatsApp que compartían.

A la mañana siguiente, había dejado de nevar. Sophie se levantó temprano con la idea de pasarse por la posada a primera hora y hablar directamente con sus amigas, pero nada más salir de la habitación, algo la perturbó. Su madre estaba de pie, con los ojos llenos de pánico y las manos cubriendo su vientre.

—Mamá, ¿pasa algo? —preguntó Sophie con el miedo nublándole los ojos.

—Al levantarme esta mañana me he encontrado una mancha de sangre en la ropa interior —dijo en un susurro.

Sophie no era una experta en embarazos, pero algo le dijo que aquello no era precisamente una buena noticia.

Evan salió de su habitación y se las encontró a las dos mirándose preocupadas.

—¿Qué ocurre?

Sophie miró a su madre que seguía sujetándose el vientre en silencio, presa del pánico.

—Mamá, me estás asustando —insistió Evan ante su silencio.

Sophie y su madre intercambiaron una mirada. Amber cogió aire despacio, miró a su hijo y decidió decirle la verdad.

—Evan... hay algo que no te he dicho —Tragó saliva, dándose tiempo para que las palabras salieran de su boca—. Estoy embarazada.

—¿Qué? —Los ojos de Evan se abrieron a la vez que su boca dibujó una «o» perfecta.

—Estoy embarazada —repitió—, y creo que algo va mal.

—Tenemos que ir al hospital —simplificó Sophie.

Evan tardó muy poco en reaccionar. A pesar de la sorpresa, le pidió a su madre y a su hermana que se vistieran, que él las llevaría hasta el hospital.

Evan condujo en silencio. Las carreteras estaban bastante mal a causa del temporal caído durante la noche anterior, aunque las máquinas quitanieves habían intentado hacer su trabajo todo lo mejor que pudieron.

Llegaron al hospital y se pasaron las dos horas siguientes entre pruebas y análisis, hasta que el doctor les hizo pasar a una consulta y les explicó que lo que Amber tenía era una amenaza de aborto, y que debería hacer reposo unos días.

Cuando les dieron la noticia, el rostro de Amber pareció llenarse de alivio.

De regreso a casa, en el coche, Evan decidió sacar un tema que se había dejado en el aire.

—¿Cuándo se lo vas a decir a Joe, mamá?

Su madre le miró desconcertada.

—¿Cómo sabes qué es de Joe?

—¿De quién va a ser sino? Sé que estuvisteis saliendo un tiempo. De hecho, lo sabe todo el pueblo. La señora Grace te vio salir de su apartamento de madrugada. Y Bonnie os vio besándoos en el almacén de la cafetería de camino a los baños.

—Malditas cotillas —masculló entre dientes.

Llegaron al pueblo una hora más tarde, pero en vez de dirigirse directamente de vuelta a casa, Amber le pidió que la dejara en la cafetería de Joe. Sophie le miró orgullosa, porque pudo ver en sus ojos el brillo de la determinación, y eso solo podía significar que había tomado una decisión.

Bajó del coche y Evan asomó la cabeza por la ventanilla llamando su atención con un silbido. Amber se giró para mirarle.

—Recuerda que el médico te ha recetado reposo, así que nada de echar un polvete de reconciliación.

Sophie dejó escapar una carcajada y Amber le miró con las mejillas ardiendo.

—Jovencito, recuerda que sigo siendo tu madre. —Dio medio vuelta y entró en la cafetería.

Evan encendió el motor, pero Sophie le dio un golpecito en el hombro y

le pidió que se esperara. Señaló el interior del local, donde Amber acababa de acercarse a Joe.

La cafetería estaba vacía, solo estaban ellos dos, Joe y Amber, que habían empezado a hablar con las cabezas agachadas. En un momento dado, Joe frunció el ceño y levantó el rostro hacia ella. A Sophie no le costó comprender que acababa de decirle que estaba embarazada.

Joe se puso lívido, pero le duró unos segundos, después empezó a hablar con una expresión que parecía de enfado. Su madre estaba de espaldas, pero pudo ver como afirmaba con la cabeza, arrepentida. Después de eso, el rostro de Joe se llenó de ternura, sonrió y dio un paso hacia ella para abrazarla con fuerza. Luego, se separó, cogió su rostro entre las manos y la besó con pasión.

El beso fue secundado por otro beso. Y por otro. Y por otro.

—Creo que ya nos podemos ir —dijo Sophie mirando a su hermano que también sonreía.

—Sí, creo que sí.

Sophie pidió a su hermano que la dejara en la posada antes de ir al trabajo. Así que veinte minutos más tarde, entraba por la puerta de la posada, preocupada por la falta de noticias de Gilbert y de sus amigas. Tenía un mal presentimiento palpitándole en el pecho.

No había nadie en recepción, así que esperó pacientemente hasta que

Leslie apareció. Aquella mañana se había peinado su cabello castaño con una coleta alta y unas bolsas bajo sus ojos pusieron en evidencia que, al igual que ella, no había dormido mucho.

Al verla, la tensión ocupó sus rasgos faciales.

—¿Qué quieres?

Sophie frunció el ceño ante aquella bienvenida tan fría.

—No respondéis a mis mensajes ni a mis llamadas. Ni Gilbert tampoco.

¿Ha pasado algo?

—¿Qué si ha pasado algo? —preguntó Leslie cruzándose de brazos—.

Esa es la pregunta que tendrías que respondernos tú a nosotros.

La puerta de la cocina se abrió y apareció Amy, ajustándose el delantal. También tenía cara de no haber dormido mucho. Cuando vio a Sophie, su mirada, que solía ser dulce y compasiva, se ensombreció.

—¿Por qué has venido? —preguntó disgustada.

—Chicas, de verdad que no estoy entendiendo el porqué de vuestra actitud. ¿He hecho algo que haya podido molestaros? Porque si lo he hecho, os prometo que no ha sido de forma consciente.

—Ya, claro, seguro que no. Por eso ayer Gilbert te oyó decirle a alguien por teléfono que estabas deseando regresar a Nueva York.

¿Gilbert le había escuchado hablar por teléfono? ¿La noche anterior?
¿Cuándo estaba hablando con...?

Un estremecimiento le recorrió de arriba abajo y Sophie sintió cómo de repente todo encajaba, el motivo por el que Gilbert no había respondido sus mensajes y sus llamadas.

Su estómago se convirtió en una bola de ansiedad.

Leslie le devolvió a la realidad:

—¿Ibas a avisarnos o pensabas marcharte sin despedirte?

—Estoy decepcionada —susurró Amy.

Sophie tragó saliva.

—Amy, Leslie... Ha habido un error. Yo no me voy a ninguna parte.

Gilbert entendió mal la situación.

Los rostros de Leslie y Amy la miraron con desconfianza.

Soltando un suspiro, Sophie les explicó la verdad.

Capítulo 21

Gilbert se despertó con un dolor de cabeza terrible. Era como si unos enanitos cabrones estuvieran golpeando las paredes de su cráneo con martillos. Se puso de pie, se tomó un ibuprofeno y se fue a la ducha dejando que el agua le devolviera los recuerdos de la noche anterior.

Después de escuchar a Sophie hablar por teléfono, Gilbert había pasado por la tienda de Grace para comprarse una botella de whisky escocés.

Llegó a casa, llamó a Leslie por teléfono, le explicó que Sophie regresaría a Nueva York, y se encerró en su habitación con la botella y una bolsa de patatas fritas.

Ignoró los mensajes y llamadas de Sophie, incluso ignoró sus gritos cuando la oyó a través de la puerta, y siguió bebiendo hasta que perdió el conocimiento al amanecer.

Volvió a despertarse con el vómito asomando en su garganta, y acabó devolviéndolo todo, primero en la papelera de su dormitorio y después en el inodoro.

En fin, había sido una noche terrible, y estaba pagando las consecuencias de su desfase a base de bien.

Cuando salió de la ducha, se sintió algo mejor. Seguía teniendo dolor del cabeza, pero, al menos, el ibuprofeno lo había apaciguado un poco.

Fue hasta la cocina, preparó café y justo cuando estaba a punto de probar el primer trago, le llegó un mensaje de Kyle al móvil.

Decía:

«En cinco minutos llego a tu casa. Así que, si no quieres que derribe la puerta de una patada, haz el favor de abrir».

Bufó, se puso una sudadera encima de la camisa básica que llevaba y, cuando el timbre de la puerta sonó, abrió la puerta sin ni siquiera mirar por la mirilla. Se maldijo por no haberlo hecho, porque al otro lado estaba Sophie. Sophie que le miraba con los ojos azules encendidos y expresión de enfado. Quiso cerrarle la puerta en las narices, pero ella consiguió colarse por el espacio abierto antes de que lo hiciera.

—Lárgate —masculló.

—No —respondió, con los brazos cruzados y el desafío en la mirada.

—No quiero verte, Sophie.

—En este momento no es que yo esté muy feliz de verte a ti, pero ya ves, aquí me tienes aguantando el tipo.

—¿Se puede saber a qué viene ese tonito pasivo-agresivo conmigo? — preguntó, pasándose una mano por el cabello oscuro, empezando a alterarse —. Lo sé todo, Sophie. Todo. Sé que regresarás a Nueva York, que vas a dejarme, que, de nuevo, vas a elegir no estar conmigo.

Sophie apretó los puños y negó con la cabeza.

—¿Y cómo lo sabes?

—Te oí hablar por teléfono. Te oí decirle a alguien que querías volver a Nueva York para empezar algo.

—Ajá, ¿el qué?

—No te entiendo.

—¿Para empezar el qué? —repitió ella perdiendo la paciencia.

—Pues supongo que un nuevo trabajo.

—Con que supones, ¿eh? Pues supones mal, Gilbert. No estaba hablando sobre nada de eso.

—¿Ah, no? —preguntó dejando que el enfado diera paso a la confusión.

—Pues no.

Gilbert resopló, se pasó una mano por el mentón ensombrecido por una barba de días y miró a Sophie evaluándola.

—¿Entonces?

Sophie suspiró profundamente, cogió su mano y tiró de ella hacia la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó cuando la abrió.

—Quiero enseñarte algo.

—¿Ahora? Kyle está a punto de llegar y...

—Kyle está al corriente de todo esto. He sido yo la que le ha pedido que te mandara ese mensaje.

Gilbert se quedó mudo, pero la dejó arrastrarle hasta el exterior. No nevaba, pero el frío era intenso y la capa blanca que cubría la calle era mucho más gruesa que la del día anterior.

Sophie siguió tirando de su mano. Le condujo hasta el final de la calle y le hizo girar a la izquierda. Dieron unos pasos más y se paró frente un edificio de apartamentos de pared de ladrillo rojizo y pocos vecinos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gilbert empezando a impacientarse.

—Espera un momento. —Sacó unas llaves del bolsillo del abrigo y abrió la puerta del portal.

Aquel gesto sorprendió a Gilbert, pero no le dijo nada. Sophie volvió a cogerle de la mano y le obligó a subir las escaleras hasta el primer piso. Volvió a sorprenderse cuando sacó una llave y abrió la puerta.

Sophie le hizo pasar con un movimiento de mano.

Al entrar, percibió la amplitud de un espacio vacío. No había objetos personales, ni muebles... nada. Absolutamente nada.

—Pero... —Se giró hacia Sophie que le miraba con la tristeza titilando en sus pupilas—. ¿Qué es esto?

—Esto es mi nuevo piso.

Gilbert bajó la mirada y se fijó en las manos de Sophie temblaban, haciendo bailar entre sus dedos las llaves con las que acababa de abrir.

—¿Tu nuevo piso?

Sophie pasó al interior y se acercó al gran ventanal, desde el cuál aquella mañana entraba una luz blanca tenue y mortecina.

—Gilbert, quería demostrarte que podías confiar en mí, y no sabía muy bien cómo hacerlo. Y no sé, quizás fue una estupidez, pero pensé que, alquilar un piso en Snow Bridge, podría ser una buena idea para conseguirlo... Así que la semana pasada cuando pasé por delante de este edificio y vi el cartel de «Se alquila», decidí quedármelo.

—Pero... ¿Y la llamada?

—Lo que escuchaste fue una conversación que estaba teniendo con la inmobiliaria encargada de mi piso de Manhattan. Quiero venderlo y cerrar mi vida en Nueva York. Os lo iba a contar a ti y a las chicas cuando lo tuviera todo cerrado, pero...

Gilbert fue encajando todas las piezas hasta comprender lo que aquello significaba.

—Entonces... ¿te quedas?

Sophie afirmó lentamente con la cabeza y Gilbert la miró hipnotizado. Se fijó en su rostro, en su precioso rostro en forma de corazón, en sus ojos azules, grandes y bonitos, en su pelo rubio suelto sobre la espalda. Aquella chica preciosa era suya, y había decidido quedarse, esta vez, de verdad, esta vez, para siempre.

—No tenías que haber alquilado un piso —dijo Gilbert acercándose a

ella.

—Ya lo sé, mamá piensa lo mismo, me dijo que podía quedarme en su casa el tiempo que quisiera, pero necesito tener mi propio espacio.

Y más ahora que iba a tener otro hijo. Aunque eso no lo dijo en voz alta porque Gilbert aún no lo sabía y no era el momento para hablar de ello.

—No me refería a eso —dijo él, ya tan cerca de ella que podía sentir su calor a través de la ropa—. Sophie, yo tengo mi propio apartamento. ¿Por qué no compartirlo?

Los ojos de Sophie centellearon.

—Aún es demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto? Para mí es demasiado tarde. Llevamos años de retraso, Sophie. Vivir juntos, estar juntos, eso es algo que hace tiempo que debíamos haber empezado a hacer.

—Yo... —Sophie no pudo acabar la frase, porque sus ojos y los de Gilbert se habían quedado enredados en una mirada intensa y profunda. Él le sonrió con ternura e inclinó su rostro hasta que sus narices se tocaron. La de Sophie estaba fría y él la frotó con suavidad, intentando traspasarle un poco de su calor.

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Sophie ante aquel contacto tan íntimo y bonito. Sentía cómo el corazón de Gilbert latía cada vez más rápido, más furioso y enloquecido. Él acunó su rostro con suavidad y

cubrió los labios de Sophie con los suyos.

Sus labios encajaron, de nuevo, con la perfección de la maquinaria de un reloj. Fue un beso dulce y tierno que pasó a convertirse en ardiente y pasional cuando sus lenguas se rozaron.

Sophie jadeó contra la boca de Gilbert cuando sintió su erección contra su cadera.

—Deberíamos parar —dijo Gilbert contra su boca.

—¿Y si no quiero que paremos?

Los ojos de Gilbert se oscurecieron.

—¿Estás segura? ¿Aquí? ¿Ahora?

Sophie le dedicó una media sonrisa insegura y, tras cogerle de la mano de nuevo, le condujo hasta uno de los dos dormitorios del apartamento. Al igual que el resto de estancias, estaba vacío, pero en el suelo había un edredón mullido, unos cojines, unas velas encendidas y pétalos de rosas desperdigados por el suelo. Justo el escenario que él había preparado la noche anterior para imitar aquella primera vez.

—¿Y esto? —Gilbert sintió que la emoción se le atascaba en la garganta al hacer esta pregunta.

—Es de la posada. Me lo han dejado las chicas. He ido esta mañana a verlas porque tampoco respondían mis mensajes y ellas me lo han explicado todo.

Gilbert sonrió, acarició sus mejillas sonrosadas y le miró con ternura.

—¿Tan segura estabas de tu suerte?

—Tenía mis dudas, no te creas.

—Sophie... —Ella le miró y él acercó sus labios a los suyos—. Te quiero.

El corazón de Sophie estalló en su pecho lleno de felicidad.

—Yo también te quiero, Gilbert. Siempre te he querido. Incluso cuando lo dejamos. Nunca he dejado de pensar que eras el hombre de mi vida.

—Ni yo que tú eras la mujer de la mía.

Después de decir aquello, se miraron a los ojos durante un largo rato antes de que alguno de los dos actuara. Fue Gilbert quién empezó. Se acercó a ella y con delicadeza fue deshaciéndose de su ropa. Primero el jersey, después los vaqueros. Sophie se quedó en ropa interior y se sintió expuesta, pero todas sus dudas se desvanecieron cuando él la miró con devoción y le susurró:

—Sigues siendo la mujer más bonita que he visto en mi vida.

Después fue Sophie la que empezó a quitarle la ropa hasta dejarlo en calzoncillos.

Semidesnudos, ambos se abrazaron y tocaron por encima de la última frontera que les quedaba por eliminar.

Cayeron sobre el edredón abrazados, alumbrados por la luz apagada del

exterior y la suavidad anaranjada de las velas. Empezaron a besarse, cada vez más rápido y con más ganas, a la vez que sus manos subieron y bajaron por el cuerpo del otro ofreciéndose placer.

La habitación se inundó de gemidos, de jadeos, de respiraciones aceleradas y gruñidos fruto de la excitación.

Con ganas de sentirla al completo, Gilbert se deshizo del sujetador y las braguitas, teniéndola completamente a su merced. Besó su cuello, su clavícula y dedicó especial atención a su pecho. Mordió, sopló y lamió hasta que Sophie gritó su nombre en alto y decidió seguir su recorrido. Lamió su vientre, su ombligo y descendió hasta sus muslos. Sophie suspiró cuando sintió el aliento de Gilbert sobre su sexo. Su lengua fue al encuentro de su clítoris y empezó a lamerlo con avaricia y necesidad.

—Necesito tenerte dentro, Gilbert. Quiero sentirte.

Solo necesitó decir esto para que Gilbert se quitara los calzoncillos y la penetrara. Gilbert fue delicado y empezó a moverse con embestidas lentas y tranquilas sobre ella, siguiendo el ritmo de la respiración de Sophie y su necesidad.

Cuando Sophie rodeó su cintura con las piernas y clavó sus uñas en su espalda, Gilbert decidió subir la intensidad de sus embates. Cada vez más rápidos, más fuertes, más continuos. Hasta que Sophie se corrió y él se fue con ella, en jadeos y gemidos que ambos se bebieron entre besos.

Al terminar, se abrazaron, desnudos sobre el colchón, con la satisfacción en forma de sonrisa cruzándose la cara.

—Gilbert.

—¿Mmmmm? —preguntó él, medio adormilado. La resaca parecía haber desaparecido por arte de magia.

—No hemos usado condón.

—¿Mmmmm...?

—Y no tomo la píldora.

Gilbert abrió los ojos y la miró con picardía. Si había intentado asustarle diciendo aquello, no lo consiguió.

—Me encantaría tener un bebé con mis ojos y tu sonrisa. ¿Te imaginas?

—Es demasiado pronto.

—Para mí es demasiado tarde.

A Sophie se le escapó una sonrisa tonta.

—Y poco probable. Pocas personas tienen un bebé en el primer intento.

—En eso tienes razón.

Gilbert se inclinó sobre ella y empezó a lamerle el lóbulo de la oreja. Sophie ronroneó.

—¿Qué pretendes?

—Aumentar las probabilidades.

Y tras decir esto, volvió a tumbarse sobre ella y a hacerle el amor.

Epílogo

Antes de mudarse a Nueva York, Sophie adoraba la Navidad. Le gustaba todo lo que tenía que ver en ella, desde sus tradiciones hasta las luces de las calles y los adornos en las tiendas. Durante años, Sophie mantuvo su espíritu navideño escondido en un cajón. Sin embargo, aquel año, volvió a disfrutar de aquellas fiestas junto a su familia, Gilbert y sus amigas.

Después de reconciliarse con Gilbert, Sophie reanudó aquella vida que dejó en pausa al marcharse a Nueva York. Empezó a trabajar en La Posada de Snow Home junto a sus dos amigas, se fue a vivir a su nuevo apartamento y pasó las noches más apasionadas y maravillosas de sus últimos años acompañada de Gilbert, quién había decidido dejar su apartamento para quedarse en el de ella, que tenía más habitaciones y era más espacioso.

El 25 de diciembre, Sophie y Gilbert fueron a cenar a casa de Amber. Sophie estaba como loca por probar la cena navideña típica que su madre solía preparar: pavo, puré de patatas, salsa de arándanos y pasteles salados. Además, aquella era una ocasión especial porque, por primera vez, Joe celebraba las fiestas con ellos.

Aquella noche, alrededor de una mesa decorada con velas, piñas pintadas de blanco y guirnaldas de espumillón dorado, fueron la familia al completo.

Sophie disfrutó viendo a Joe y a su madre compartir miradas y sonrisas

llenas de complicidad y amor. Después de tantos años a medias, se merecían tenerse al completo. Y aunque Sophie hacía unos días que se había marchado a vivir al apartamento, sabía por Evan que Joe y su madre pasaban todas las noches juntos.

—Tendríamos que decírselo ya —susurró Gilbert al oído de Sophie.

Sophie se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Esperemos al postre, al menos.

—Vale, esperemos —refunfuñó.

Desde el otro lado de la mesa, Amber miró a su hija con curiosidad.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada, acabemos de comer y ya os lo contaremos después.

—No me digas, hermanita, que también te has quedado preñada —bromeó Evan riéndose entre dientes.

Sophie se quedó con el tenedor a dos centímetros de su boca y Gilbert a su lado disimuló una carcajada con un ataque de tos imaginario. Su madre no necesitó más para comprender que aquello era una afirmación.

—Sophie, ¿estás...? —preguntó con los ojos como naranjas.

—Sí... Mamá. Lo hemos sabido esta mañana —dijo Sophie mirando a Gilbert que le guiñó un ojo—. Creo que mi hermanito o hermanita va a tener un compañero de juegos.

Los ojos de Amber se llenaron de lágrimas que pronto empezaron a caer

por sus mejillas. A su lado, Joe la abrazó, también sonriente y feliz por Sophie, a la que veía como una hija. Evan al principio se quedó en shock, pero enseguida se recuperó y saltó de la silla para abrazar a su hermana.

Sophie y Gilbert siempre recordarían el día de la concepción como uno de esos días mágicos que te cambian la vida sin apenas darte cuenta. Y es que lo bueno de la improbabilidad es que no es imposible, siempre existe espacio para la esperanza.

A lo mejor era demasiado pronto.

Pero para Gilbert seguía siendo demasiado tarde.

Nota de la autora

Cuando terminé de escribir «Un plan casi perfecto» empecé muchos proyectos nuevos. Siempre tengo la cabeza metida en mil y una historias, ¡qué se le va a hacer! Así funciona mi mente. Uno de esos proyectos es «Las chicas de Snow Bridge», un conjunto de novelas cortas pensadas para pasar el rato y entretener, sin más afán que eso, con un pueblo llamado Snow Bridge como telón de fondo. «La chica que perseguía copos de nieve» es la primera de estas novelas

Si lo has pasado bien paseando por el pueblecito de Snow Bridge, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Vuestras valoraciones son la gasolina que nos ayuda a avanzar.

Sobre la autora

¡Hola! Soy Anina Roma, tengo 33 años, vivo en Barcelona y estudié diseño gráfico, aunque actualmente trabajo como escritora freelance para portales web de diversas temáticas.

Soy adicta a Netflix, a Pinterest y a la cafeína en todas sus formas.

Si me encontrara con el genio de la lámpara y me concediera tres deseos, estos serían: comer sin engordar, recorrer el mundo con gastos pagados y ordenar la casa con el poder de la mente.

Podéis poneros en contacto conmigo en:

[Instagram](#)

[Facebook](#)

Contacto: aninaromantica@gmail.com

Mi libro anterior



Una comedia romántica, sexy y divertida con dos polos opuestos que están a punto de descubrir lo fina que es la línea que separa el odio del amor.

Cuando Gina descubre que el hombre de su vida está enamorado de otra mujer, decide urdir un plan para ponerle celoso y conquistar su corazón. Es un plan perfecto, o bueno..., casi perfecto, porque para llevarlo a cabo necesitará la cooperación de Hugo, un compañero de trabajo que le trae por el camino de la amargura.

Gina y Hugo son polos opuestos. Gina es alegre, alocada e impulsiva, siempre lleva los labios pintados de rojo y colecciona dispensadores de caramelos PEZ. Hugo es reservado, irónico y discreto, viste camisas con estampados ridículos y esconde un secreto que nadie conoce. Cuando están juntos, los cuchillos vuelan, y es que lo suyo fue odio a primera vista.

¿Conseguirá Gina que Hugo le ayude con su plan? ¿Será su plan tan perfecto como parece?

A veces, el amor se esconde en la persona más insospechada.

[Enlace del libro](#)